

Selecta

Kathia Iblis

*La inefable
señorita Olivia*

Damas inadecuadas III

La infame señorita Olivia

Damas Inadecuadas 3

Kathia Iblis

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

Inefable...

Esa callada cualidad que no puede ser descrita con palabras y que sin embargo surge de nuestro interior sin que nos demos cuenta.

Porque todos lo tenemos y eso nos vuelve únicos a nuestra manera.

Ella era diferente, inevitable, inefable. A veces tan tierna, tan cálida, tan niña. A veces tan fría, tan distante, tan mujer. Era ella, sencillamente ella.

Natasha Castello

Ella es un raro desastre. Ese desastre que no cualquiera puede controlar y esa rareza que pocos pueden entender. Así es ella.

Anónimo

Nota de la autora

El momento en el que una joven era presentada en sociedad era el más importante de su vida porque era el primer paso que determinaba lo que sería de su destino de ahí en adelante.

La joven casadera ideal poseía, de ser posible, un apellido de renombre, belleza y una cuantiosa dote. Sin embargo, no siempre era así. Y aquellas que no cumplían con los requisitos se veían menos requeridas en las fiestas que las damas que sí los poseían.

Luego estaban las floreros que, por diferentes circunstancias, se consideraba que estaban destinadas a la perpetua soltería. E incluso, en relación a estas últimas, se ha sabido de casos en los que han logrado conquistar a un caballero.

Finalmente, se encuentran las jóvenes que estaban más allá de toda salvación. Porque, a veces, ni un apellido aristocrático, ni una belleza despampanante, ni una cuantiosa dote lograba el principal objetivo: que un caballero respetable desposara a una de ellas.

Sin embargo, a veces los milagros ocurrían y todo eso podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. En especial cuando dos encumbradas viudas decidieron involucrarse y aceptaron el desafío de casar a dichas jovencitas. Nada ni nadie podría detenerlas, ni siquiera la mismísima nobleza a la que ellas siempre se habían jactado de pertenecer.

Prólogo

Arabia, Golfo Pérsico

Bahrain

1860

—Cuando sea grande quiero casarme con un caballero como papá —declaró la pequeña Olivia Wentworth con todos sus diez años de inocencia, mientras danzaba alrededor de la habitación infantil.

No era la primera vez que hacía declaración de esa clase y, aunque en un comienzo su hermana la había imitado, ahora la jovencita en cuestión estaba sentada sobre la cama.

—Pero mamá y papá no están casados... —Emma, de doce años, le comentó a su hermana menor, dejando más que en claro con grandes dosis de escepticismo sus dudas en lo que concernía la relación de sus padres.

—¡Sí lo están!

—No. No lo están.

—¡Que sí!

—Entonces ¿por qué no vive con nosotras? ¿Por qué solo lo vemos cuando viene de visita? Apenas si lo vemos mientras vive con los bárbaros —prácticamente le gritó mientras se levantaba de su lugar y encaraba a su hermana.

—¡Papá no es un bárbaro! —la pequeña Oli ya estaba al borde del llanto cuando gritó esas palabras.

—Quizás... igual no creo que nos quiera tanto como dice. Si no, estaría siempre con nosotras —declaró con dureza la jovencita—. Pero mamá tan solo era su... amante.

—¡Emma! —La nodriza, Marianne, especialmente contratada por su padre, observó consternada y horrorizada por partes iguales a la mayor de las niñas.

Y aunque eso de inmediato las silenció a ambas fue la tristeza en el rostro de su madre, que segundos después apareció en la entrada de la habitación, lo que logró inmovilizarlas por completo.

—*Thadi...*

—*Thadi...*

Ambas niñas corrieron y se aferraron al vestido de su madre mientras lloraban calladamente.

Fátima sabía lo que la ausencia de su padre les costaba a sus hijas, pero era la primera vez que las escuchaba abiertamente quejarse al respecto. Y eso hacía sufrir su corazón de madre. En momentos como aquel, anhelaba que Kenneth pudiera estar más presente en sus vidas, pero sabía que eso no era posible.

—Niñas... su padre nos ama más que a nada en el mundo....

—Pero él no vive con nosotras como otros papás —declaró Emma de nuevo con terquedad.

La mujer cerró los ojos por unos instantes, parecía estar sopesando qué tanto revelar sobre las razones de ello a sus hijas.

—Él tiene muchas responsabilidades en Inglaterra y eso le dificulta el estar con nosotras como el desearía, pero una vez que su hermano se haga cargo van a ver como todo va a cambiar.

—Un hermano que no nos quiere... —declaró Emma aún dolida con toda la situación.

Fátima sabía que no era así. Si había alguien que amaba a sus medias hermanas ese era el joven Andrew Kane Wentworth. Pero como único heredero al ducado de Devonshire sus responsabilidades eran muchas.

Fátima sintió como las decisiones del pasado volvían a pesarle con dolor en el alma. En momentos como aquel se arrepentía de su propia debilidad. De haberse doblegado a las demandas de su padre, pero también sabía que de no haberlo hecho él habría asesinado a Kenneth y a las niñas.

Sin embargo, también sabía que volvería a hacerlo todo de nuevo. Inconscientemente se llevó una mano al vientre, un recuerdo en particular hacía aún llorar su corazón de madre, pero viendo ahora los rostros de sus niñas y las segundas oportunidades que los dioses le habían ofrecido... las estrechó con fuerza contra sí.

Un día, les revelaría toda la verdad a sus hijas, pero mientras el tiempo se lo permitiera prefería que siguieran en la bendita ignorancia del precio que su abuelo le exigió para poder tener su propia vivienda lejos del hogar familiar y el ser la mujer de un bárbaro.

Pronto, su Kenneth vendría a visitarlas, y juntos decidirían qué tanto revelarles a sus hijas y la mejor manera de hacerlo. Así fue como, pese a la distancia, su amor seguía tan vivo como desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron en el bazar hacía tantos años atrás.

Ella tan solo podía orar y pedir que en el futuro les fuera finalmente posible el estar juntos por siempre.

Capítulo 1

Chatsworth House

Campaña inglesa

Marzo 1871

Olivia esperó a que la persona se marchara antes de abandonar la seguridad de su refugio. Agradeció que el cielo estuviese nublado, lo cual ocultaba la luna llena y le daba a todo un aura irreal, cubierto como estaba por la nieve que había caído a lo largo del día. Una inesperada sorpresa para todos, pero más que bienvenida por ella.

No se debía a que los invitados de su padre no supieran de su arribo a Londres, sino porque la indumentaria que vestía en aquellos momentos, de ser vista, bien podría causarle un serio daño a su reputación.

Como si ser una de las dos hijas desconocidas del duque de Devonshire no hubiese ya causado un escándalo mayor. Sin olvidar que el hecho de que su padre la hubiese reconocido y dado su apellido había hecho que las malas lenguas adoptaran una actitud despiadada y, aun así, no dejaban de invitarla a todo evento habido y por haber. Porque ya sea que les gustase o no, Lord Kenneth Humphrey Wentworth era un hombre poderoso y de temer si uno se ganaba su enemistad.

Pero en algún punto, y luego de llevar dos semanas en la ciudad, se alegraba de que el médico de su padre le hubiese ordenado que se retirase al campo a descansar. Oli se sentía más que algo agobiada por las constante presión de tener que comportarse como la perfecta flor inglesa cuando ella distaba bastante de serlo. De hecho, estaba segura que no había nadie más inadecuada que ella... a excepción quizás de su hermana mayor, Emma.

Lo cual no implicaba que si ella se llegase a descubrir lo que Oli estaba por hacer no fuese a querer asesinarla. Ambas habían acordado que se mudarían a vivir con su padre y cuidarían de él mientras su hermano mayor estaba ausente. E incluso, una vez este regresara, si ellas así lo deseaban, se quedarían de manera indefinida. Lo que implicaba dejar atrás y bien silenciados ciertos detalles de la vida que llevaban en Bahrain junto a su madre.

Por ende, ser «Sherezade», la misteriosa y popular odalisca conocida y admirada por un amplio público, estaba completamente fuera de toda discusión. Renunció a ello cuando abandonó Arabia y se comprometió a honrar a su padre. Pero lo extrañaba.... Extrañaba el perderse en el ritmo de la danza y olvidarse por completo de lo que se esperaba de ella. Extrañaba el anonimato que ese rol

le confería. Y sabía que esa fue la razón de conservar su traje rojo y traerlo consigo a Inglaterra. Iba más allá del obvio afecto que le tenía por haber sido diseñado y bordado a mano por su madre.

Oli cerró brevemente los ojos, los abrió e inhaló hondo el fresco aire de la noche mientras avanzaba hasta detenerse en el centro de la antigua estructura sin techo. Asumió la postura inicial de todos sus actos. La cadera ligeramente arqueada, las manos semiestiradas por sobre su cabeza, el velo rojo transparente que permitía que la audiencia pudiera observarla a placer pero al mismo tiempo dejándolos deseosos de más.

Finalmente, inhaló hondo, el recuerdo de los acordes brotó de su interior y se dejó llevar.

Las dos damas observaron a la joven comenzar a bailar y sonrieron con satisfacción. Se las habían arreglado para hallar la única habitación desde la cual se veían las antiguas ruinas de lo que otrora fuese una iglesia.

—Sabes que él va a enfurecer si se entera de lo ocurrido, ¿no? —comentó lady Clarisse Kensington con picardía.

—Pero él no tiene por qué enterarse... porque ni tú ni yo le diremos nada. —Lady Desdémona Hawthorne le guiñó el ojo claramente disfrutando de la situación.

—Además, Desi, lord Herbert es tan...

—¿Estirado? ¿Tieso? ¿Constipado?

—¡Desdémona!

—Es la verdad, querida, y lo sabes. —La dama sacudió la mano restándole importancia a la fingida alarma de su querida amiga ante el vocabulario utilizado—. Precisamente por eso Oli es perfecta para él.

—Quizás. Pero ella es tan diferente a la jovencita Grey y a Sophie. —Ahora se la veía preocupada a la dama—. ¿O crees que nos equivocamos? ¿Acaso ella es demasiado inadecuada incluso para estos tiempos que corren?

—Solo asegurémonos de que cierto lord no se entere. Porque si ello llegase a ocurrir...

—¡Boberías! Con los rumores que han circulado sobre su familia. ¿O acaso olvidas cómo es que su antepasado obtuvo el título? —La dama se refería al casamiento de este con Anne Parr, hermana de Catherine Parr, la sexta esposa de Enrique VIII. Luego de eso los Herbert asumieron el título de condes de Pembroke y fundaron una larga línea de poderosos señores.

—Esa es su familia. No él. Ambas sabemos que es uno de los caballeros con mejor reputación del reino. Ni un solo escándalo se ha visto asociado a su nombre —declaró con seguridad la dama—. Y eso es lo que lo hace bueno para Oli.

—Pobrecita niña.

Ambas damas volvieron a focalizar su atención en la bella joven cuya exótica apariencia no

podía más que atraer la atención de cualquiera que se cruzara en su camino. Lamentablemente tan pronto los rumores sobre ella llegaban a oídos de quien fuese su interlocutor era desdeñada al instante.

Lo peor era que ninguno de los rumores era cierto. Aunque aún no habían logrado precisar con exactitud el origen de los mismos, lo que en parte también las había empujado a idear un plan tan drástico y descabellado a la vez. Simplemente no podían permitir que la situación continuase de esa manera o la joven estaría arruinada para siempre y sin siquiera haber cometido falta alguna.

Ellas mismas habían sido testigos de varias de las escandalosas propuestas que recibió en más de una ocasión por caballeros que jamás tratarían de aquella manera a una dama inglesa. Eso las había instado a intervenir en un primer momento.

Oli podría ser considerada inadecuada por las malas lenguas, pero en lo que a ellas concernía era la dama perfecta para el estirado conde de Pembroke. Ahora solo era cuestión de poner en marcha su plan y sabían que todo saldría a la perfección.

Como si alguien lo hubiese convocado por arte de magia, ambas vieron como el susodicho abandonada la seguridad de la antigua construcción y se alejaba en dirección a las ruinas, completamente ajeno a lo que el destino le tenía deparado.

—Clarisse, cálmate, por favor. Me estás poniendo nerviosa y ambas sabemos lo difícil que es eso —declaró Desi aferrando una de las manos de su querida amiga—. Todo va a estar bien. Hasta ahora nuestra intuición jamás nos ha fallado, si no, tan solo mira a Gigi y a Sofi.

—Son tan felices... —respondió la otra dama con obvio afecto en la voz pensando en las otras dos jóvenes que habían logrado casarse con los hombres que amaban.

—¡Exacto! Y ahora podemos hacer lo mismo por Oli. Además, no te olvides que ambas nos ofrecieron su ayuda, así como también Cali y el resto de las *casi florero*. Todo va a salir. Ten un poco de fe.

Capítulo 2

Lord Wulfgar Ambrose Herbert, conde de Pembroke, observaba hechizado la visión frente a él. Sabía que lo correcto y lo que cualquier caballero haría sería dar la media vuelta y marcharse de regreso a la residencia, pero él se halló incapaz de hacerlo.

Sus intenciones al abandonar la calidez de la propiedad estaban basadas en su deseo de alejarse de las asfixiantes atenciones de las damas casaderas presentes y sus carabinas. Lo que apremió sus pasos y que buscara alejarse de la casa mientras intentaba no verse como un mal invitado.

El frío de la inesperada y tardía nevada en su rostro lo impulsó a continuar deambulando sin rumbo fijo, pero en todo momento atento a cualquier dama desesperada que intentase atraparle en una situación comprometida. Si había algo que no necesitase su familia era verse involucrado en un escándalo. Ya bastante de ellos habían conjurado sus antepasados.

Es más, él estaba seguro de que de no ser por la cercanía de su abuela con la Reina Madre hacía rato que habrían caído en desgracia durante del reinado de su majestad. Tan solo pensar en el resto de sus parientes le producía jaqueca.

Sin embargo, en su búsqueda de algo de paz y tranquilidad jamás esperó cruzarse con esa visión en rojo. Por unos instantes, incluso, dudó respecto a su cordura. Había pasado bastante tiempo desde que disfrutara del algo de distracción de índole femenina. Bien podría ser que su mente le estuviese jugando algún truco.

Dudó por largos instantes, pero finalmente decidió que, más allá de lo etérea que se viera, ella era tan de carne y hueso como él. Cuando los tenues rayos del sol se abrieron paso entre las nubes y la iluminaron, esto se confirmó porque, de haber sido un fantasma, ella se habría desvanecido frente a sus ojos.

Sin embargo, a medida que los pequeños copos de nieve anidaban en sus cabellos azabaches, ella continuó cautivándolo, hechizándolo con cada uno de sus sensuales movimientos, danzando al ritmo de una música que ella sola lograba oír. Sin embargo, no lograba ver su rostro... salvo que revelase su presencia, y eso era algo que se rehusaba a hacer.

El contraste entre la efímera tela roja y su piel ligeramente dorada hizo que le cosquillearan las yemas de los dedos, inundándolo de anhelo por saber si eran tan sedosas como se veían. Apenas si avanzó unos pasos, y se detuvo. Deseaba acercarse, pero al mismo tiempo no quería quebrar la

conexión entre ambos.

El ruido fue fuerte e inesperado, sobresaltándolos a ambos. Pero antes de poder reaccionar percibió el miedo de la joven aun desde donde se hallaba, quien dio media vuelta y huyó por una entrada lateral de la antigua catedral, bien escondida por la frondosa enredadera.

Wulfgar no supo qué fue lo que lo impulsó a hacerlo, pero apenas el jinete, a quien él suponía responsable del sonido, se abrió paso en el claro cerca de ellos, aprovechó el abrigo de las sombras y corrió detrás de ella.

Le sorprendió la rapidez de sus pasos, dado que obviamente su calzado no parecía el ideal para andar por terrenos tan agrestes y pedregosos, con trozos de la abandonada catedral proliferando todo a lo largo del paisaje.

No tardó en ver su delicada figura desapareciendo detrás de un grupo de altos arbustos que indicaba que estaban cerca de la residencia principal. Finalmente creyó que había logrado alcanzarla cuando el delicado pañuelo traslucido con el que ella danzó le cubrió el rostro obligándolo a aminorar su paso.

La dulce fragancia le asaltó los sentidos y se encontró inhalando hondo mientras maldecía por no haber podido alcanzar a la cautivante y misteriosa joven. Se juró a si mismo que sus caminos volverían a cruzarse mientras se reacomodaba la chaqueta y ocultaba en su interior la prenda perdida.

Oli se desvistió a la carrera mientras atravesaba la antesala de su alcoba con la velocidad de un rayo, en todo momento teniendo cuidado de no desgarrar el traje. Sin embargo, el instante en que la puerta que conectaba con el pasillo se abrió sintió que se le detenía el corazón. Y no fue hasta que vio aparecer a Marianne, su antigua niñera, vistiendo ropa de cama, que soltó el aliento que había estado conteniendo.

—¡Niña! Vamos. Rápido. Agradecemos a los dioses que su tía Florence aún no ha llegado de la ciudad. —Oli no pudo más que sonreír al oírla hablar de aquella manera.

Con el paso de los años, entre ella y Fátima se había desarrollado una entrañable amistad que hizo que, incluso cuando ellas ya habían sido consideradas demasiado grandes para tener una niñera, su madre insistiera en que se la ofreciera el puesto de institutriz de ambas. Kenneth, siempre dispuesto a complacer a la mujer que no se cansaba de llamar «la luz de su vida», se aseguró de que así fuera y desde entonces la dama había sido una parte constante de su vida.

—Hablas como mamá —le susurro divertida mientras le permitía que le trenzara los abundantes cabellos azabaches, luego de que ella se colocase el abultado camisón que en su opinión tenía demasiada tela.

—Que yo sepa eso jamás ha sido algo malo, pequeña —le respondió, y la apuró a meterse en la cama—. Cúbrete bien, que lo único que nos falta es que te pesques un resfriado.

—Al menos esa sería una buena excusa para no tener que lidiar con todos esos... estirados — murmuró por lo bajo, pero supo que Marianne la escuchó cuando desvió la mirada de su tarea y la focalizó en su rostro.

—Oh, cariño, ¿otra vez? —A pesar de haber pasado una buena cantidad de años en Inglaterra, luego de vivir años alejada, la dama había albergado la esperanza de que las cosas hubiesen cambiado, en especial con las nuevas aperturas comerciales que implicaban nuevos tratos con otras culturas, pero por lo visto las cosas seguían exactamente iguales que antes. Y ella odiaba eso.

Al no haber tenido una familia propia, las niñas y Fátima habían pasado a ocupar ese lugar en su corazón. No había nada que no hiciera por ellas, y esa había sido parte de la razón de contactar a dos viejas conocidas de su madre. Creyó que ellas podrían ayudar a Oli, y al mismo tiempo también ofrecerle algo de protección al albergarla bajo sus alas, pero parecía que la aristocracia londinense estaba decidida a no darle cabida a la adorable joven.

—Vas a ver que cuando llegue tu tía y nos marchemos a la ciudad todo va a mejorar —le dijo finalmente en un intento por levantarle el ánimo.

—¿En serio lo cree?

—Por supuesto que sí, cariño. Vas a ver. Londres es bellísima. Una ciudad como jamás has visto. Llena de vida y actividades para hacer en todo momento —le aseguró mientras la cubría bien con el acolchado. Luego de darle un beso en la frente se alejó en dirección a la puerta de la habitación.

—¿Y la tía? Emma me dijo que es una bruja.

—Oli, tienes que entender algo... Tu tía era una bellísima debutante, pretendida por muchos de los solteros más codiciados de aquel entonces. Cuando tu padre se enamoró de Fátima, eso causó un gran revuelo aquí —le respondió con cierto pesar en la voz—. Imagínate cuando se supo del nacimiento de ustedes dos...

—¿Nosotras arruinamos su vida?

—¿Qué? ¡No! No. Jamás piense eso, amor —se apresuró a responderle—. Pero eso creó una brecha entre tu padre y ella. Kenneth jamás iba a permitir que alguien despreciara a su esposa ni a sus hijas. Menos aún una criatura caprichosa y consentida como lo era su hermana...

Oli frunció el ceño, preocupada.

—Ella no va a hacer nada que pueda perjudicarte, pequeña. Así que quédate tranquila en ese sentido —le aseguró mientras entreabría la puerta para salir—. Tu padre puede estar algo delicado de salud, pero su espíritu está intacto. Te aseguro que él aclaró todo con su hermana antes de permitir que se te acercara.

—¿Y por qué no puedes tú seguir siendo mi carabina? —Aunque habían ido a una pocas y pequeñas reuniones, Oli no había podido conocer nada de Londres porque a las pocas semanas habían partido hacia el campo por orden del médico de su padre—. Contigo me siento cuidada.

—Porque mi pedigrí no es el adecuado para los eventos a los que asistirás a partir de ahora,

Oli. Pero sabes que siempre voy a estar aquí para ti —logró susurrarle a través del nudo que se le había hecho en la garganta—. Ahora, duerme, pequeña, que la dama es conocida por madrugar. Y estoy segura que cuando llegue va a querer hablar contigo.

—¿Qué?! —Su padre no le había mencionado nada al respecto de eso.

—Es solo para que se conozcan, Oli. Tranquila. Ten confianza. —Le ofreció una sonrisa que esperaba fuera reconfortante—. Ahora, a dormir, pequeña.

—Hasta mañana —susurró en respuesta, y la puerta se cerró dejándola sola con sus pensamientos y preocupaciones.

Capítulo 3

Abril, 1871

Londres

Residencia Saint Leger

Oli amaba bailar. Era una pasión que había heredado de su madre, y sin embargo, en aquellos momentos, quería estar en cualquier lugar menos en el interior del atestado salón.

Bufó por lo bajo y se retorció ligeramente en el asiento al cual se había visto relegada a ocupar. El deseo por poder aflojarse un poco el ajustado corsé se fue volviendo más acuciante a medida que la velada transcurría. Ahora comprendía por qué los ingleses eran tan tiesos. Si utilizaban esos instrumentos de tortura a diario debajo de todas esas capas de ropa, no le resultaba inusual que su humor fuera siempre tan parco.

No era que ella no estuviese familiarizada con la moda inglesa. De hecho, tanto ella como su hermana vestían de esa manera en su hogar materno. La diferencia era que gozaban de la suficiente libertad como para abstenerse de utilizar ciertas prendas restrictivas. Al fin y al cabo, no era como si alguien fuese a inspeccionar debajo de sus vestidos para ver si utilizaban toda la engorrosa cantidad de prendas socialmente requeridas para una joven casadera.

Oli no podía esperar a que Emma se mudara definitivamente a Londres. La reacción de su hermana iba a ser aún peor que la suya. Para colmo, que no pudiera siquiera usar los usuales colores vivos que ellas amaban, hacía que todo tuviese un tono bastante depresivo. Ya había escuchado hasta el cansancio que una dama jamás tiene en su guardarropa cierta gama de colores estridentes porque son los que las meretrices utilizan para atraer la atención de sus clientes y dejar en claro su profesión. Y aquellos que sí eran aceptables tan solo se les permitían a las damas casadas.

Lo que la había llevado a estar vistiendo el horrible vestido amarronado... uno que su tía le obligó a ponerse. Oli suspiró y acarició la tela. Hasta la textura de la misma era desagradable al tacto.

Había escuchado rumores de que había una modista a la cual iban muchas de las damas aristocráticas. Si ella tenía que lidiar con la asfixiante moda inglesa, prefería hacerlo vistiendo algo que fuese más de su agrado. Pero hasta que su padre regresara del campo, estaba destinada a continuar obedeciendo los mandatos de su tía.

—¿Lady Wentworth?

—Solo Olivia, mi lord —se apresuró a aclararle al caballero que se le aproximó. Recordaba que el título era para la esposa del duque y, en su defecto, dado que su hermano mayor aún no se había casado entonces, le correspondía a Emma ser llamada de aquella manera—. Lady Olivia.

—Mis disculpas, lady Olivia. —El desconocido se apresuró a realizar una reverencia antes de continuar hablando—. ¿Me permitiría el honor de bailar una pieza con usted?

Aunque el pedido la sorprendió, y sintió el alocado impulso de lanzarse afuera de la silla y arrastrar al desconocido al medio de la pista de baile, Oli logró controlarse y se apresuró a asentir. Bien podría ser que fuese la única oportunidad que tendría de bailar en toda la noche.

Pese a haber sido presentada en sociedad, y ser la hija del duque de Devonshire, el hecho de que su madre fuese árabe solo le había traído complicaciones. Mientras que había heredado los intensos ojos azules de su padre, la larga y abundante cabellera azabache y las curvas y su piel ligeramente aceitunada clamaban a gritos su sangre árabe.

Mientras que como Sherezade había cautivado al público, como Olivia... los ingleses no dejaban de tratarla en su gran mayoría como si ella fuese menos. Sospechaba que la única razón por la cual no eran más obvios en su desdén era porque tenían el alcance el poder de su padre, quien pese a su avanzada edad y delicado estado de salud, seguía siendo uno de los hombres más poderosos del reino. Todo ello hacía que recibiera invitaciones por montón, pero una vez que ella atendía al evento, se aseguraban de dejarle en claro que no era del todo bienvenida y jamás sería aceptada.

Oli estaba harta de eso. Y fue lo que, en parte, más allá del obvio deseo por danzar, la apremio a relajar un poco su tiesa pose y sonreírle al caballero.

—¿Y si aprovechamos esta bella pieza? —se apresuró a sugerirle.

Con algo de suerte lograría terminar la pieza antes de que ocurriera alguno de todos los «accidentes» que parecían seguirla en cada evento al cual asistía. Aunque se reconocía como algo torpe, en especial porque siempre estaba tan preocupada por no ofender inadvertidamente a alguien o violar alguna imperdonable regla de la nobleza, que no prestaba atención a los detalles más simples.

El caballero pareció sorprendido, pero se apresuró a devolverle la sonrisa mientras le ofrecía su brazo para guiarla a la pista de baile.

Wulfgar apenas si prestó atención a la pareja que se atravesó en su camino mientras guiaba a lady Joselyn Ross hacia la pista de baile.

—Quizás sea mejor esperar a la próxima pieza, milord —se apresuró a comentarle la dama con más que obvio desagrado en la voz, mientras lo instaba a que abandonaran la pista de baile y se detuvieran junto a uno de sus más viejos amigos.

Extrañado, ya que no había nada que Joselyn amase más que ser el centro de atención en cada evento, algo nada difícil de lograr dada su extraordinaria belleza, su generosa dote y ser una sobrina distante de su majestad, quien le había dado su beneplácito al tenerla consigo en la corte como parte de su séquito personal hasta que decidió que era momento de que la joven contrajera matrimonio, dirigió su mirada y observó con más detenimiento a la pareja de antes.

No le fue difícil reconocer a Rupert Krenshaw, el hijo menor de lord Aspley, un baronet, dueño de un feudo menor, pero lo suficientemente importante como para ser invitado a aquellos eventos. Sin mencionar que la tierra era rica y productiva, lo que había hecho que se convirtiera en un hombre rico. Más aún que varios de los presentes con títulos mucho más distinguidos.

Era un joven amable, aunque bastante torpe al bailar, quien en aquellos momentos parecía estar disculpándose con su pareja a quien, aparentemente, acababa de pisar. Solo que la dama en cuestión en vez de enojarse y demandarle que la devolviera junto a su carabina, tan solo rio la diversión más que obvia en la expresión en su rostro, y lo instó a continuar con el baile.

Y aunque él era consciente de que no era la conducta esperable para una dama casadera, su reacción lo intrigó y se encontró observándola con más detenimiento del pertinente.

Enseguida supo que jamás habían sido presentados, pero al tiempo lo invadió la sensación de que sus caminos ya se habían cruzado con anterioridad, aunque no lograba precisar cómo eso sería posible.

—¿Acaso la bastarda ha atraído su atención, amigo? —le preguntó Simon Laisren FitzGerald, heredero al ducado de Leinster, con obvia sorna mientras se paraba a su lado y seguía la dirección de su mirada.

—¿Bastarda? —Wulfgar recordó que su majestad tenía una postura muy clara al respecto de ese tema, pero si la joven se hallaba entre los invitados eso implicaba que había sido reconocido y era, como mínimo, una heredera.

Su amigo estaba por responder cuando notó que lady Jocelyn, que se había alejado un poco para conversar con una amiga, se le acercaba con rapidez seguida de la misma. Ambas igual de molestas y dirigiendo constantemente miradas de desdén en dirección a la joven que aún le era desconocida.

—Comprendo que los escándalos no le interesen, milord, pero hay información que es imperativo saber para evitar que uno termine relacionándose con cierta... gentuza —declaró la dama con la mirada aún en la joven que continuaba de buen humor, pese a las constantes torpezas de su acompañante—. Mira que estar tan desesperada por atención que aceptar bailar con ese... inútil.

—Ese inútil, según todos sabemos, querida, es el único heredero de una cuantiosa fortuna —comentó como al pasar Wulfgar, dándole a entender que sabía que ella había estado interesada en el joven hasta que él volvió a involucrarse en la escena londinense.

Eso de inmediato puso de mal humor a la dama, que se giró en dirección a su amiga y optó por fingirse ofendida. Como si a él fuese a importarle su voluble humor. Se conocían desde hacía la

suficiente cantidad de años como para saber que lo único que a lady Jocelyn le importaba era conseguir un matrimonio provechoso con el mejor partido, y él estaba decidido a no ocupar esa posición.

La cristalina risa de la joven atrajo no solo su atención sino la de varios caballeros, quienes no tardaron en acercársele para solicitarle el bailar una pieza. A lo cual ella siempre parecía aceptar y les ofreció su libreta para que anotaran sus nombres. Y así habría continuado la noche hasta que todos presenciaron una escena que mantendría ocupadas a las lenguas ociosas durante varios días.

—¡Olivia Wentworth! —El grito sobresaltó a la joven, que observó a la matrona que acababa de acercársele como si hubiese visto al demonio en persona.

—Lady.... —El acompañante de la dama intentó intervenir, pero la dama corto de plano sus buenas intenciones.

—Esto no es asunto suyo, joven. —Sin darle oportunidad a nadie de nada, aferró a la joven del brazo y todos observaron cómo se llevaba a la rastra del salón—. Cuando tu padre sepa que estuviste coqueteando como una descarada...

Wulfgar frunció el ceño ante esto. La joven no había estado haciendo nada más que pasar un buen momento. Reconocía que quizás no de la manera más discreta, pero era obvio que no había habido segundas intenciones en su actitud.

—Tía, por favor... —La escuchó susurrarle cuando pasaron a pocos pasos de distancia suyos.

—Cállate. Esto pasa por no haberte criado aquí.

—¡Mi madre y Marianne me criaron bien! —exclamó indignada la joven, lo que le consiguió un fuerte zamarreo del brazo y, por la tensión en su rostro, se le hizo obvio a más de un presente que la dama le estaba haciendo daño en el mismo.

La oportuna intervención de lord Saint Leger y su esposa Gigi, evitó que la situación escalase a mayores, y aunque no se volvió a oír una sola palabra más de boca de la joven, él notó la tensión en su cuerpo y la manera en que envolvía su brazo libre en torno a su cintura como si intentase abrazarse a sí misma, mientras su mirada seguía clavada en el piso, excepto por esos breves segundos en que la elevó y sus miradas chocaron, y se encontró perdido en las profundidad del océano en un día de tormenta.

El impulso de acercarse a ofrecerle su ayuda lo sorprendió, pero logró controlarlo a tiempo. Se había pasado su vida sin involucrarse en escándalo alguno y no iba a empezar a hacerlo ahora por una desconocida que bien podría ser que estuviese haciendo el papel de víctima a la perfección.

Sin embargo, una hora más tarde, él mismo se estaba marchando cuando vio salir a la joven, acompañada de su tía, del despacho de lord Saint Leger. Sus miradas volvieron a cruzarse, pero ella se apresuró a desviar la mirada fingiendo estar muy ocupada en colocarse su capa.

Había comenzado a nevar de nuevo, una inesperada sorpresa para esa época del año, y ella se apresuró a marcharse, siguiendo de cerca a la elegante dama. En ese momento apareció el vizconde, que no tardó en seguir la dirección de su mirada.

—Pobre joven-

Considerando que él sabía que el noble no es dado a los chimentos, escuchar un comentario como aquel de su boca llamó de inmediato su atención, y lo observó. Lo escuchó suspirar mientras desviaba su mirada hacia la puerta.

—La dama es su tía Florence. Ella es la hija menor de lord Kenneth Humphrey Wentworth...

—¿El duque de Devonshire? Pero... creí que él solo tenía un hijo varón.

—Me sorprende que jamás hayas escuchado sobre sus hijas, Wulfgar —le respondió el hombre claramente sorprendido—. Él es un hombre poderoso, y ambos sabemos que la existencia de esas dos jovencitas y su llegada a Londres atraerá la atención de pretendientes no muy... apropiados.

—Seamos claros, Saint Leger. Algo te traes entre manos.

A lo que le respondió con una sonrisa lobuna.

—¿Te parece que mañana nos reunamos? Tengo una propuesta de negocios para ti.

—Pero sin nada de escándalos. —Aunque Wulfgar intuía que estaba por ocurrir todo lo opuesto, necesitaba, aunque fuese, aclararlo.

—Por supuesto, sin nada de escándalos —acordó el caballero, y le ofreció la mano que no tardó en estrechar antes de agarrar su propia capa y marcharse de la propiedad.

No contó con que la joven aún estaría afuera con la malhumorada dama, quien no dejaba de hacerle comentarios por lo bajo, los cuales ella parecía estar ignorando porque su rostro estaba ligeramente inclinado hacia el lado opuesto. Repentinamente, ella elevó la mirada y la fijó en la nieve.

Así de perfil, con la capa negra cubriéndole todo el resto del cuerpo y las farolas iluminándola, Wulfgar tuvo una fuerte sensación de *déjà vu* a lo ocurrido en la casa de campo un mes atrás. No había logrado descubrir quién era la misteriosa joven, y de no ser por aún conservar su pañuelo rojo, la hubiese creído una aparición, y sin embargo... ¿acaso era posible que la hija bastarda de lord Wentworth y la bailarina fuesen la misma persona?

Ella pareció sentir su mirada porque repentinamente su atención estaba en él. Y de nuevo quedó fascinado por la manera en que sus impresionantes ojos destacaban con sus cabellos azabaches y su piel dorada.

Sin embargo, no tuvo oportunidad de acercársele que su coche llegó y la dama mayor no tardó en prácticamente empujar a la joven al interior del mismo, donde procedió a continuar hablándole en un tono de voz que él estaba seguro no eran más que palabras de censura.

Él mismo elevó su mirada al cielo y permitió que la nieve le acariciara el rostro, algo que no hacía desde que era un niño. El recuerdo de la misteriosa bailarina superponiéndose con la imagen de la joven.

Capítulo 4

Residencia Saint Leger

A la tarde siguiente...

Oli intentaba no demostrar lo nerviosa que estaba mientras observaba disimuladamente la habitación en la cual se hallaban con su tía. Luego de lo ocurrido en el baile y la manera en que su tía la había tratado no comprendía por qué, aun así, había aceptado la invitación de lady Saint Leger a tomar el té.

Para colmo, sentir como que estaba por desmayarse por lo ajustado que estaba el corsé no ayudaba en lo más mínimo a su causa. De alguna manera la dama había descubierto que Marianne no se lo ajustaba tanto como la moda exigía y se había ocupado ella misma de supervisar todo mientras ella se vestía.

Por unos instantes, se preguntó cuáles serían las posibilidades de que perdiera el conocimiento y al abrir de nuevo los ojos descubriera que todo había sido una pesadilla y estaba de vuelta en la casa de campo de su padre... y no vigilada por la arpía a su lado.

El pellizco en su brazo fue inesperado y doloroso, haciendo que se sentase aún más erguida.

—Más te vale no hacerme quedar mal, mocosa —siseó la mujer mientras daba una rápida mirada en dirección a la puerta cerrada—. Ya bastante preocupado quedó tu padre anoche. Mi pobre Kenneth...

Oli inhaló hondo y asintió.

Solo aceptaba la conducta de la dama porque no quería causarle más angustia a su padre, pero había decidió que, tan pronto pudiera, si Emma no llegaba para el verano, ella se marcharía de regreso a su hogar.

Marianne, luego de saber todo lo ocurrido había estado más que de acuerdo, luego de amenazar con arrancarle todos los pelos de la cabeza a la dama en cuestión. Hizo falta que le recordara que eso tan solo traería más problemas.

Para el momento en que la puerta se abrió dándole paso a lady Gigi Saint Leger, Oli se quería marchar. Su tía no había dudado en aprovechar la espera para continuar haciéndole comentarios peyorativos y ella estaba llegando al límite de su paciencia.

—Disculpen la demora, damas, pero tenía que arreglar algunos detalles para el evento que estamos organizando para fin de mes —les ofreció a modo de explicación mientras tomaba asiento

frente a ella y una sirvienta se apresuraba a servirles el té y alcanzarle unos ricos y pequeños sándwiches, así como otras delicias dulces.

Oli le ofreció una sonrisa que rogaba natural, pero se sentía forzada, y cuando notó la preocupación en los ojos de la dama se apresuró a focalizar su atención en los entremeses que habían preparado.

—Disculpe los modales de mi sobrina. Creció en Arabia y me imagino que ustedes habrán escuchado cómo son las cosas allá —se apresuró a acotar la dama dándole una mirada fulminante a Oli, que no se le pasó por alto a ninguna de las otras dos.

—¡Qué fascinante! Me encantaría escuchar todo al respecto —declaró Gigi como si fuera lo más natural del mundo estar hablando sobre una cultura completamente diferente a la suya.

—Me...

—No creo que eso sea apropiado para una dama de su estatus. Siendo que usted es la vizcondesa de Doneraile —le interrumpió la tía a la joven advirtiéndole que no se le ocurriera abrir la boca usando una de sus gélidas miradas.

—Claro. Por supuesto —se apresuró a responder Gigi, y de inmediato preparó una taza y se la ofreció a la dama—. Él te es una de mis aficiones. Espero me otorgue el honor de probar una de mis más recientes creaciones. Lo llamo «Hipnos».

Continuaron conversando nimiedades hasta que finalmente, mientras lady Gigi les explicaba cómo se había conocido con su esposo, de repente Oli escuchó un ronquido a su izquierda. Alarmada, giró el rostro en esa dirección para ver a su tía recostada contra el respaldo del cómodo sofá de tres cuerpos roncando a viva voz.

—¿Qué...?

—Finalmente. Pensé que no le había dado una dosis lo suficiente fuerte. —Gigi se levantó de su asiento y se le acercó a la joven—. Ven. Ponte de pie. Gírate.

Y antes de darle tiempo a reaccionar le abrió la espalda del vestido y le aflojó el corsé. El alivio fue tan grande e instantáneo que Oli no tuvo tiempo de reaccionar ante todo lo que estaba ocurriendo.

Un nuevo ronquido de su tía finalmente lo logró.

—Preguntaría si está muerta, pero es obvio que no —fue lo único que se le ocurrió decir, dado que no estaba segura de lo que estaba ocurriendo.

—Tan solo le di una pequeña ayuda para que se duerma. Así tú y yo podemos salir a dar una vuelta y conversar tranquilas sin que esa vieja arpía nos esté vigilando y amenazándote cada vez que siquiera te atreves a respirar —declaró Gigi con toda soltura mientras le cerraba de nuevo la espalda del vestido.

—Pero...

—Tranquila. Edwina, que hace años que está conmigo, la vigilará de cerca —le comentó mientras la guiaba hasta la puerta principal y le entregaba sus cosas—. De todas formas, debería dormir por un largo rato... Ahora, vamos, Oli.

La joven, aún sorprendida y desconcertada tan solo asintió, se colocó su abrigo y siguió a la dama hacia afuera de la casa. Esperó hallar un coche esperándolas, pero en cambio, la dama abrió la reja de entrada, giró a la derecha y se alejó caminando por la vereda.

—¿Vienes, Oli? —le preguntó, y la joven asintió y se apresuró a seguirla.

Ignoraba que dos pares de ojos las observaban mientras se alejaban caminando con los brazos enlazados.

—Esa mujer es... —Wulfgar apenas si podía controlar su temperamento mientras se forzaba a quedarse sentado en su lugar, mientras su manos se cerraban y abrían constantemente.

Nadie sabía que la sala de visitas de Gigi se conectaba por medio de una puerta oculta con el estudio de su marido, y eso les había permitido a ambos hombres poder escuchar las palabras de la tía de la joven.

—Sospeché algo la primera vez que las vi juntas en una reunión que organizó lady Coventry —le comentó el otro caballero—. No fue muy difícil averiguar quién era la joven. Pero conozco a su padre y me resulta sorprendente que permita que su hermana la trate de esa manera.

—¿Por qué? Es obvio que él no dispensa el mismo afecto a toda su progenie... —masculló Wulfgar tenso mientras lo escuchado se repetía en su mente.

—Wulf, conozco a esa familia de toda la familia. Lord Kenneth no posee una sola pizca de crueldad hacia aquellos que ama. Aun así... Andrew, su hijo, es un viejo amigo. Nuestra historia se remonta a hace mucho tiempo atrás, por eso no le encuentro sentido a todo lo que está ocurriendo —le dijo con absoluta sinceridad Leo—. Es más, le escribí solicitándole su pronto regreso a Londres, porque si hay alguien que puede solucionar esto es él. Ignoro los detalles, pero sé de muy buena fuente que esa arpía le tiene miedo al primogénito de Lord Kenneth.

Él asintió pero, aun así, no le agradaba nada de todo lo escuchado. Tan solo esperaba que el vizconde tuviera razón y el regreso del Caballero Negro cambiase las cosas para su hermana. Sumado a eso estaban los rumores que Leo le comentó que lady Jocelyn y sus amigas estaban ocupándose de esparcir, algo más de lo cual ocuparse. Se conocía con la dama desde que fuesen niños y era consciente de lo caprichosa y voluble que era. Sin mencionar lo lejos que era capaz de llegar si las cosas no se daban como ella quería.

—¿Qué quieres de mí, Saint Leger? —inquirió finalmente sabiendo que el hombre se traía algo entre manos.

Capítulo 5

—¡Aquí es! —Gigi le abrió la puerta de la pequeña tienda a la joven y la instó a ingresar.

Mientras caminaban le había hablado sobre su vida creciendo como una joven inglesa, pero sin serlo del todo ya que su madre también se había asegurado de enseñarles todo sobre su cultura árabe.

También le comentó la situación con su padre y su delicado estado de salud, lo que hacía que a menudo estuviera postrado en su cama. Le confesó como solo había podido estar con él en muy breves ocasiones y cómo su tía se ocupaba del manejo de todo. Y mucho de todo eso a Gigi le resultaba sospechoso.

Lo que la tranquilizaba era saber que su marido Leo también había decidido tomar cartas en el asunto a pedido de Clarisse y de Desi. Aunque la elección de Wulfgar se le hacía un poco extraño, había decidido no cuestionarlas porque definitivamente ellas sabían lo que hacían.

Pero en su fuero interno el duque siempre le había resultado un hombre libre de escándalos, pero también muy frío e indiferente. O al menos esa era la personalidad que proyectaba al mundo exterior. Sin embargo, Leo tenía fe en que él los ayudaría a mantener a Oli lo más a salvo posible, incluso si ella era considerada una dama inadecuada para la sociedad inglesa.

—¿Sabes? No sé si has escuchado algún rumor al respecto, pero yo no solo era Gigi Grey... A mis espaldas me decían «la muy peculiar señorita Grey» —le comentó mientras tomaban asiento en una pequeña sala que la modista tenía siempre a disposición de sus clientas favoritas.

—¿Y eso por qué?

De inmediato Gigi expuso sus manos enguantadas a los ojos de la joven, y aunque ella los miró con curiosidad no pareció hallar ninguna falta en su uso.

—Solía utilizar unos gruesos de lana marrón... todo el tiempo —le confesó—. Aunque desde mi boda con Leo parecen haberse vuelto el último grito de la moda. ¿Quién lo creería?

—¿No te agrada que la gente te toque?

—Oh, no, no es por eso... De niña, sufrí quemaduras y la piel me quedó sensible. Sin mencionar que ya habrás notado que la bellísima alta sociedad londinense no es muy acomodada cuando se trata de aceptar a las diferencias —le comentó, y se encogió de hombros—. Sé que aún murmuran sobre mí, pero se cuidan mucho de hacerlo de manera tal que llegue a oídos de Leo.

Notó que Oli se mordía el labio inferior y le seguía observando las manos. Finalmente,

decidiendo ofrecerle un voto de confianza, se quitó primero un guante y luego el otro.

Con suma suavidad la joven se las sujetó y las observó con detenimiento.

—Hace muchos años atrás Marianne se quemó por accidente el brazo. Fue con aceite hirviendo. La herida se veía horrible. Recuerdo que el médico de palacio no tenía esperanza alguna, pero mi madre no compartía su opinión y recurrió a su abuela por ayuda —comentó pensativa Oli mientras continuaba analizando las heridas—. Y ella le preparó una crema muy especial que tenía que colocársela todas las noches y vendarlas. No le quedaron marcas. Ninguna. Solo la piel un poco sensible hasta el día de hoy.

—¿Crees...?

—Déjame escribirle a mi madre y estoy segura de que ella nos ayudara —le respondió con sencillez la joven—. No quiero darte esperanzas y que después no resulte...

—Te entiendo y, aun así, te estoy muy agradecida —se apresuró a asegurarle Gigi mientras se volvía a colocar los guantes—. Y ahora, déjame a mí darte un obsequio de bienvenida.

La modista pareció intuir que ya podía acercarse porque pareció manifestarse de la nada y le ofreció una radiante sonrisa a Oli que enseguida la relajó.

—Gigi me ha comentado que quieres algo menos... tradicional.

—Querrá decir menos horrible —confesó con toda sinceridad la joven, haciendo un gesto hacia el vestido gris que estaba vistiendo en aquella ocasión.

La mujer pareció dudar pero finalmente asintió, lo que hizo que Gigi riera y pronto Oli también se unió a la hilaridad.

—Tengo varios modelos aquí que con tu contextura van a quedar despampanantes.

—Te envidio. De no ser por sus bellas creaciones me pasaría la vida camuflada contra un pared de lo pálida que soy —le susurró Gigi para luego guiñarle un ojo—. Y si me expongo al sol termino convertida en un camarón... y no en el buen sentido. Sino en uno que se coció por demás.

Oli volvió a reír ante esa imagen.

—Mamá siempre dijo que Emma y yo nos parecemos a ella excepto por nuestros ojos... que esos son de papá —admitió con cierta timidez.

—Qué envidia. Si yo tuviese tus curvas las aprovecharía, aunque ahora con el embarazo... —Repentinamente Gigi calló y se llevó una mano a la boca, sorprendida por su inesperada confesión—. Yo...

—¡Felicitaciones! *Al-ḥamdu lillāh* —celebró feliz por su nueva amiga e hizo un grito *sagrit* para expresar su alegría. Sorprendiendo a Gigi... y a la modista, que casi resbala y cae en medio de un enredo de telas con todos los vestidos que venía cargando—. Yo... lo siento.

—No. Por favor. Solo fue inesperado —le aseguró la mujer con una sonrisa, y procedió a acomodar frente a ellas a tres maniqués que vestían alguno de los modelos—. Una vez tuve la suerte de que mi madre fuera solicitada para ayudar a su majestad. Yo era más joven y me pidió que la asistiera, y había una delegación de una de nuestras colonias en Arabia. La ropa de los hombres, aunque obviamente habían sido diseñadas para ser lo menos llamativas posibles, era

impresionantes... Recuerdo que vi unas mujeres, pero estaban cubiertas de pies a cabeza de negro, y siempre me pregunté cómo sería su indumentaria debajo de las largas túnicas.

Oli sonrió ante el genuino interés de la mujer, y luego de solicitarle hojas y una carbonilla, procedió a dibujarle varios de los diseños preferidos de su madre. E incluso hizo uno de su propio traje de odalisca.

—¿Las mujeres realmente visten así?

—Así es. Al igual que ustedes, tenemos indumentarias para toda ocasión. Este de aquí es el traje de una bailarina.

—¿La danza de los siete velos? —susurró la mujer como si siquiera mencionarlo fuese algo prohibido—. Dicen que sus movimientos son muy sensuales. Que pueden hacer que cualquier hombre caiga a sus pies.

—Hay diferentes danzas dependiendo de la ocasión —le respondió teniendo cuidado de no dar más detalles de los necesarios—. Las mujeres de los harems los aprenden todos para mantener a su esposo satisfecho y también para atraer su atención.

—¿Harem?

—Un hombre tiene derecho a tener tantas esposas como pueda mantener, pero algunos prefieren escoger tan solo dos o tres esposas, y tener un harem de concubinas —les explicó con cuidado. Oli era consciente de que los europeos consideran esas prácticas bárbaras.

—¿Y a las esposas no les molesta?

—Es como nos educan. Mi madre fue una de las primeras en rehusarse a todo ello, y cuando conoció a mi padre... No conozco los detalles, pero sé que tuvo que sacrificar mucho para poder estar con él —respondió con pesar—. Ella piensa que no lo sabemos, y Emma y yo nunca tuvimos el coraje para decirle que en una de sus visitas el abuelo mencionó... ciertas cosas.

—Él no te agrada —comentó Gigi notando la tensión en su voz.

—No. Se supone que es familia pero... él no se comporta de esa manera. Solo viene de visita para martirizar a nuestra madre. Cuando él se va... ella se pasa horas llorando —susurró con pesar.

—Oli...

—¿Sabes? Desearía que mi madre viniera con Emma —admitió en voz alta, algo que jamás se había animado a hacer antes.

—¿Y eso no es posible?

—Sinceramente no lo sé. Siempre que le mencionábamos esa opción ella cambiaba el tema como si fuese siquiera peligroso el siquiera considerar algo como aquello.

Gigi y la modista intercambiaron rápidas miradas entre ellas.

—¿Te gustaría probarte alguno? —le preguntó finalmente la mujer queriendo distraerla.

La joven miró los tres diseños, pero sus ojos seguían volviendo hacia el que era el color favorito de su madre. Uno de color azul intenso que dejaba los hombros expuestos. Sabía que a su tía le iba a dar un ataque apenas lo viera, pero Oli realmente estaba encantada con el diseño.

—Es nuestro obsequio de bienvenida, y lo estrenarás en dos semanas en el baile que organizaremos por tu cumpleaños, Oli —le informó Gigi sumamente complacida.

—Pero... mi tía...

—Yo me ocupo de ella —le respondió con confianza. Gigi siempre despreció a la gente que abusa de su poder, y solo porque ahora fuese una vizcondesa no iba a hacer oídos sordos a la situación.

Es más, para gran preocupación de Leo, ella seguía visitando a la gente de King's Street y ayudándolos en todas las maneras posibles. Así que, ¿por qué no iba a extenderle también una mano a lady Olivia Wentworth? Que era más que obvio que necesitaba a alguien de su lado.

Con ella y con las damas respaldándola tenía plena confianza de que iban a lograr reparar el daño que lady Jocelyn Ross y el resto de las damas estaban causando solo por celos y envidia.

—Envíalo a casa, por favor, yo misma lo entregaré en casa de Oli y dejaré las cosas en claro con cierta dama... —le confió a la modista mientras la joven se colocaba el vestido para hacerle las adaptaciones correspondientes.

—¿Y supongo que ya tienes a un pretendiente en la mira? —inquirió la mujer gozando de la plena confianza de sus clientes.

—Así es. Aunque eso es algo de lo que se está ocupando Leo, porque yo sinceramente no sé cómo lo va a lograr.

—¿Es un caballero de reputación... cuestionable?

—Ojala. Eso sería más fácil de manejar que tener que convencer a uno de los hombres más fríos e indiferentes del reino y poseedor de una reputación intachable que se involucre en semejante plan —le comentó con plena sinceridad.

—¿Crees... que las damas se han equivocado?

—No. Pero si se han buscado un verdadero desafío. —Dicho lo cual se apresuró a ayudar a Oli con el vestido, y la modista pronto se les unió mientras conversaban de nimiedades.

Capítulo 6

Oli se sintió relajada y feliz por primera vez en semanas. Había llegado a Londres con mucha ilusión, pero la misma no había tardado en evaporarse como una solitaria gota expuesta al ardiente calor del desierto cuando descubrió la realidad de cómo serían las cosas.

Su tía Florence no quería saber nada con ella y tan solo toleraba su presencia por mantener las buenas formas con su padre. Un padre que rara vez estaba consciente y que, cuando lo hacía, tendía a desvariar con la época en la que conoció a su madre y ellas eran unas niñas.

No tuvo el coraje de mencionarle nada de todo eso a su madre porque no quería romperle el corazón, pero sabía que tarde o temprano debería revelarle al verdad, aunque fuese para que pudiera elevar una plegaria para el único hombre que amó en su vida.

Y ahora, como si el destino hubiese decidido una segunda oportunidad, lady y lord Saint Leger se cruzaron en su camino, ofreciéndole su amistad y su protección. Y ella no podía estar más agradecida por ello.

Con eso en mente, se apresuró a seguir a Gigi a través de los hermosos jardines de su casa en la ciudad. La dama le confesó que había una entrada trasera en caso de urgencias, y por ahí ingresaron. Muy pocos sirvientes sabían de la misma y tan solo creían que a su señora le gustaba pasar tiempo en el invernadero entretenida con probar nuevas mezclas para sus tés.

—Sé que Leo tenía una nueva reunión así que no te preocupes si nos cruzamos con algún otro caballero —le comentó la dama mientras entraban a la casa a través de la cocina—. No solemos tener visitantes indeseados así que quédate tranquila.

Oli asintió, en parte aliviada de no tener que lidiar con las arpías con las que solía cruzarse en cada evento al que asistía y que insistían en hacer su vida lo más insoportable posible.

Entonces el pensamiento cruzó por su mente. La vizcondesa había dejado en claro que la apreciaba y que disfrutaría que establecieran una amistad entre ellas. Se detuvo en mitad del pasillo y se giró en su dirección.

—¿Por qué ellas me odian? —le preguntó sin preámbulo alguno.

—¿Lady Jocelyn y el resto?

Oli asintió con rapidez.

—Me he comportado siguiendo cada regla de etiqueta habida y por haber. Sé que a veces cometo torpezas, pero...

—Hablando de eso, Oli...

—Dime

—No todas son tu culpa —le confesó con suavidad la dama, y luego le aferró una mano—. Ellas.... Son unas verdaderas arpías. Aprovechan cualquier oportunidad que se les presenta para fastidiarte. Te juro que yo no tenía ni idea...

—Está bien, lady....

—Gigi...

—Lady Gigi.

—Gigi a secas, Oli. Esperaba que pudiéramos ser amigas. —La sonrisa de la dama era sincera y la joven se lo agradeció con un suave apretón de mano—. Y por eso estoy decidida a no permitir que ellas se salgan con la suya.

—Pero, ¿por qué lo hacen?

—Celos. Envidia. Mezquindad. Tú escoge —le respondió Gigi guiándola hacia el salón de estar donde la tía Florence se hallaba—. Todas ellas son herederas. Muy pocas tienen el respaldo de un título en el cual recaer. Incluso Jocelyn se cree mejor que sus supuestas amigas cuando en realidad lo único que tiene a su favor es su inigualable belleza.

—Pero... yo soy una hija bastarda, al igual que mi hermana Emma.

—Cariños, tienes que entender que el hecho de que tus padres no estén legalmente casados no empaña de modo alguno tu status. El duque te reconoció. Eres hija de uno de los pares más poderosos del reino y eso solo te da un sitio privilegiado. Hasta su real majestad acude a tu padre cuando necesita asesoramiento o consejo sobre ciertos temas —le confió Gigi justo cuando Edwina abandonaba la habitación.

—Gigi, la dama esa es horrible, hasta dormida escupe veneno —declaró con más que obvio desagrado la mujer mientras cerraba la puerta a sus espaldas—. Mira que he conocido a mucha gente desagradable en mis tiempos.... Basta con mencionar a tus tíos, pero esta vieja bruja.... Es de las peores.

Oli la miró, alarmada. Gigi le había comentado lo ocurrido en su momento con sus parientes y si su tía era aún peor que esa gente; eso no auguraba nada bueno para ella.

—Va a estar furiosa cuando despierte... —susurró alarmada.

—Tonterías. Ella dijo que se sentía muy cansada y muy amablemente nosotros le ofrecimos asistencia —declaró Gigi—. Además, si nosotras en todo momento estuvimos a su lado bebiendo té. ¿Por qué habría de estar enojada?

—Gigi, tu no entiendes, ella...

—Lo sé, Oli. Te juro que lo sé. —Y la joven supo que su amiga lo sabía todo. No solo sobre la desagradable manera en que su tía le hablaba, sino la manera en la cual la maltrataba.

Estuvo por preguntarle cómo lo habían descubierto cuando la puerta a sus espaldas se abrió, y sintió que se le erizaba el bello de la nuca. Señal inequívoca de que alguien la estaba mirando.

Con su mano aún aferrada a la de Gigi, giró el cuerpo ligeramente y se encontró observando a

un alto y apuesto caballero... que le era por completo desconocido, y aun así, no podía evitar sentir que eso no era del todo cierto.

Intrigada, se giró del todo y lo observó con atención. Una memoria se abrió paso en los límites de su mente, pero no lograba poder ver con claridad el recuerdo. No supo que se habían acercado el uno al otro hasta que el ruedo de su falda rozó sus elegantes zapatos.

Y aun así no pudo desviar la mirada de la imponente figura de penetrante mirada oscura mientras intentaba dilucidar dónde era que lo había visto antes.

—¿Wulfgar? ¿Olivia? —La voz de lord Saint Leger la abstraigo de sus pensamientos.

Wulfgar aún seguía atrapado en cual fuese el hechizo que la joven lanzó el momento en que sus miradas se cruzaron. No se le pasó por alto el hecho de que, a diferencia de la moda del momento, su aroma era dulce y frutal y no una de esas insufribles fragancias que parecían ser usadas por doquier. A veces de manera tan exagerada que hasta al más avezado caballero le era difícil mantener la compostura.

—No nos conocemos, ¿o sí? —finalmente preguntó la joven, con el ceño aún fruncido, mientras continuaba observándolo con sumo detenimiento.

—Lady Olivia Wentworth, permítame presentarle a mi buen amigo el conde de Pembroke, lord Wulfgar Ambrose Herbert —declaró lord Saint Leger mientras se acercaba a su esposa, le envolvía un brazo en torno a la cintura y se inclinaba a darle un suave beso en los labios.

—La lanza del lobo. —Sorprendido al escucharla susurrar el significado de su nombre tan solo asintió—. Oh... yo... mucho gusto, lord Herbert.

Su nerviosismo le resultó de lo más cautivador porque era genuino.

—Lord Wulfgar, por favor, lady Olivia —se apresuró a tranquilizarla. Luego de descubrir el maltrato de la tía y la manera en que sus pares la trataban lo último que deseaba era hacerla sufrir alguna clase de incomodidad.

Ella asintió pero no volvió a mirarlo, y por el contrario pareció hallar fascinante la falda de su vestido porque no dejaba de rozarlo con la mano. Lo que le hizo preguntarse si no sería una expresión de nerviosismo de su parte.

Un ligero carraspeo por parte del vizconde le recordó la conversación que habían concluido instantes antes en su despacho. Aunque en un primer momento se había negado de manera rotunda, ahora, con la intrigante joven de pie frente a él, podía sentir como su decisión comenzaba a flaquear.

—Sé que esto no es lo usual, pero mañana por la noche va a haber un baile en la residencia Ross. ¿Me concedería el honor de ser su compañero en la primera pieza? —finalmente le preguntó antes de siquiera detenerse a analizar bien las ramificaciones de su pedido.

Pero la manera en que ella enseguida elevó el rostro y le obsequió una sonrisa radiante que

hacía que sus ojos le recordase a esos instantes antes de que caiga por completo la noche. Ese momento en el que el azul adquiere un tono intenso por el inicio del abrazo de la noche, mientras las estrellas comienzan a exhibir todo su brillo. Entonces supo que las posibles consecuencias bien valían la pena sus acciones.

—¡Sí! —exclamó exuberante—. Digo... sería un honor, milord —susurró segundos después, visiblemente apenada, aunque a él no se le pasó por alto la manera en que parecía estar intercambiando su ligero peso de un pie al otro por la manera en que su falda se mecía ligeramente.

—Perfecto. Entonces ya es hora de despertar a nuestra otra visita —declaró Gigi satisfecha, y luego de darle un beso a su esposo y obsequiarle a Wulfgar una sonrisa agradecida, desapareció detrás de la puerta precedida por Oli, que se sentía flotar sobre una nube.

—Eso fue muy amable de tu parte, Wulfgar.

—Ser amable no es una de mis principales características, Saint Leger, y lo sabes —masculló algo tenso.

—Un hombre siempre puede cambiar... si encuentra una razón lo suficientemente valiosa para ello —le respondió el hombre de manera misteriosa, y luego lo escoltó a la puerta principal.

Wulfgar se despidió y no pudo más que evitar sentir que acababa de dar un paso en una dirección que cambiaría por completo su vida a partir de aquel momento.

Capítulo 7

*R*esidencia Ross

La noche siguiente...

Oli no cabía en sí de emoción. A pesar de tener que estar vistiendo otro de los horribles vestidos escogidos por su tía, y el ajustado corsé que apenas si le permitía respirar, la perspectiva de poder volver a bailar la había tenido en un perpetuo estado de emoción.

Incluso si resultaba ser la única pieza que pudiera disfrutar en toda la noche, con eso solo se sentía feliz. Y se rehusaba a considerar que el hecho de que su compañero de baile fuera a ser cierto apuesto y misterioso lord tuviese relación alguna con su estado actual. Acababa de empezar el primer bailar y de seguro Wulfgar se le acercaría en cualquier momento para alejarla de Florence.

—Quédate quieta. —Mo fue consciente de que se estaba removiendo en su asiento hasta que no escuchó el siseo de su tía, que de inmediato fue seguido de un fuerte pellizco que la hizo encogerse involuntariamente—. Siéntate derecha. Ya bastante malo es no poder disimular toda esa piel bronceada, como para que encima te sientes toda maltrecha. Agradecemos a Dios que al menos heredaste los ojos de Kenneth, si no imagínate el desastre que sería que te vieras como una de esas... esclavas.

Oli se mordió la lengua para no responder ante el ofensivo comentario. Era consciente de que no poseía la misma piel de porcelana del resto de las damas presentes, pero no había sido criada en un hogar donde el hecho de ser mestiza fuese algo malo. Ella estaba orgullosa de sus padres y los amaba a ambos por igual, más allá de las falencias que pudieran tener como cualquier ser humano... a excepción de su tía, por supuesto. Que todos los días le recordaba cómo era una pobre mártir que se había visto relegada al olvido como castigo por el pecado cometido por su hermano, pero que por el resto era perfecta en todo sentido.

Se las arregló para suspirar con disimulo al ver como las parejas se movían al compás de la música y sintió como lentamente su entusiasmo inicial se iba apagando. Incluso había declinado la invitación de lady Kensington y sus amigas para disfrutar de la mutua compañía.

—Ni se te ocurra hacerme repetir la vergüenza del último baile —le dijo repentinamente la mujer, esta vez aferrándole la muñeca con fuerza, pero aprovechando lo abultado de las faldas para esconder sus acciones.

—¿Me concedería el honor de esta pieza, lady Olivia?

La voz grave de Wulfgar le ofreció un bálsamo instantáneo a la joven, que de inmediato elevó el rostro y le sonrió, la alegría y el alivio se mezclaron en su mirada mientras le ofrecía la mano que su tía aún no aferraba.

—Lady Florence... —Oli no pudo más que notar la tensión en el cuerpo masculino y como a pesar de que se mostraba educada su rostro parecía una máscara de granito.

Rogó que la mujer no hiciera una escena, pero por lo visto, el título del hombre era lo suficientemente importante como para hacerle mantener la boca cerrada porque liberó su muñeca y le permitió alejarse con él.

Wulfgar guio a Oli hasta que se hallaron entre medio de todos los bailarines. Tenso con lo que acababa de presenciar, se concentró en inhalar hondo intentando calmar el enojo que sentía. Fue entonces, que al aferrarle la mano la sintió tensarse en sus brazos.

Frunció el ceño y enseguida su mano se dirigió hacia su muñeca. Su primer impulso fue apartarle la manga del vestido, pero consciente de que había demasiadas miradas clavadas en ella, finalmente la sujetó con delicadeza y comenzó a guiarla a través de los compases.

Si le sorprendió la facilidad con la que ella se movía, como si la música fuese una parte innata de su naturaleza, no lo mencionó, pero cuando la canción concluyó, continuó guiándola a través de cuatro temas más. Aunque no fue consciente de ello hasta que comenzó a notar las miradas que estaban recibiendo.

Oli pareció notar lo mismo, porque volvió a tensarse y sus movimientos antes fluidos se volvieron tiesos.

—¿Te gustaría salir a tomar un poco de aire? —le ofreció en un intento por alejarla de las miradas inquisidoras.

—Sí, por favor. —Sonrojada, pero obviamente feliz por alejarse de los presentes, ella se aferró a su brazo y juntos abandonaron el atestado salón.

Pero apenas salieron a la terraza y él estuvo seguro de que estaban a una distancia prudencial, le aferró con cuidado el brazo y le apartó la tela que le cubría la muñeca. La piel enrojecida e inflamada dejaba notar la marca de los cinco huesudos de la maldita arpía que se hacía llamar tía.

Disgustado con lo que veía, gruñó bajo, pero no fue consciente de que lo hacía hasta que ella le apoyó su otra mano en el lado del mentón y elevó la mirada para observarlo con preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Esa maldita... —Pero no terminó la oración. No era apropiado para los oídos de una dama. Pero de ninguna manera impedía que se le vinieran a la mente varios calificativos.

—Está bien, milord.

—No. No lo... —Fue entonces que el aroma inundó sus sentidos. Dulce y frutal. Cerró los ojos

e inhaló hondo. Le aferró la mano con suavidad, y con gentileza inclinó el rostro hasta que rozó la suave piel de la joven y volvió a inhalar. Ese aroma era único. Y él lo sabía. Pero, no era posible.

—¿Lord Wulfgar?

—Wulfgar, Olivia —le respondió en un tono de voz ligeramente ronco que no pudo ocultar mientras abría los ojos y se perdía en la mirada femenina.

—Pero...

—¿Me permitirás visitarte mañana? Quisiera llevarte a pasear por el parque. —Sabía que se estaba adentrando en terreno peligroso y dando pie a rumores, pero luego de lo ocurrido mientras danzaban no podía simplemente pretender que no había ningún interés de su parte.

La joven pareció sorprendida ante su pregunta, pero finalmente le ofreció una sonrisa radiante y asintió entusiasmada.

—Me encantaría. Mi tía... ella no me permite abandonar la casa. Excepto para asistir a estos eventos. Y cuando lady Gigi nos invitó a su casa... ¿Cree que ella...?

—No te preocupes por eso, Olivia. Mañana me tendrás en la puerta de tu residencia y nada se interpondrá en nuestro paseo. Lo prometo. —le aseguro Wulfgar, mientras aún sostenía sus pequeñas manos en las suyas más grandes.

—Pero...

—Lo prometo, Olivia. —Luego de dar una rápida mirada a su alrededor, y aliviado de que la tía de la joven aún no había hecho su aparición, le giró la mano y le besó con fervor el dorso de la misma, volviendo a disfrutar de su cautivante aroma.

—Wulfgar... —Pero apenas si pronunció su nombre que el volvió a ofrecerle su brazo y regresaron al salón donde instantes después la tía se les acercó, el ceño fruncido, al igual que un desagradable mohín se había instalado en su boca y se apresuró a arrebatarse a la joven de sus brazos.

Sin embargo, pese a que la siguió, antes de desaparecer detrás de las puertas dobles, le dio una última mirada que volvió a hechizarlo de nuevo por completo. No fue consciente de la atención que atraía hasta que Simon se detuvo a su lado.

—¿Así que tú y la bastarda?

Fue apenas un instante pero sujetó a su viejo amigo del cuello de la levita, lo fulminó con la mirada y luego lo apartó de su lado con un empujón.

—Vuelve a hablar así de ella y vas a recibir que algo más que arrugas en tu traje favorito. —Dicho lo cual se marchó en dirección a la terraza. Aún no podía marcharse, pero nada decía que estaba obligado a estar en el interior del salón.

—¡Wulfgar! ¡Espera!

Pero ignoró al hombre y continuó su caminata hasta que se detuvo en donde antes había estado con Olivia.

—Pareces decidido a que alguien arruine tu rostro bonito... viejo amigo —Masculló, consciente de que Simon era incapaz de estar con la boca cerrada.

—No. Espera... —Pero de repente se lo veía inusualmente serio mientras se detenía a su lado —. Si llegas a necesitar ayudar con la vieja arpía esa, avísame.

Sorprendido por la inesperada actitud del caballero, asintió, pero no volvió a hablar y así se quedaron hasta que consideraron que era apropiado el poder marcharse.

—¿Sabes? Cuídate de Jocelyn... Ella va a enloquecer cuando sepa que estás cortejando a lady Olivia —le advirtió mientras esperaban a sus carruajes.

—No es de mi incumbencia. Siempre fui claro en que jamás iba a pedir su mano —le respondió con firmeza, pero en su fuero interno la preocupación se alojó.

—Lo sé. Todos lo sabemos. Pero ella está encaprichada contigo. Solo... ten cuidado. —Luego de darle una palmada en el hombro, se alejó en dirección a su cochero y Wulfgar lo imitó.

Tenía mucho en lo que pensar y planificar. Sospechaba que el suyo, incluso si pretendido, no iba a ser un cortejo sencillo.

—Harris, llévame a lo de Saint Leger, por favor.

Capítulo 8

Oli no estaba segura de cuantas veces ya se había acercado a la ventana a observar si alguien se acercaba a la propiedad. Pero no sabía qué más hacer salvo simplemente escabullirse de la casa e irse a pie hasta la propiedad de Jocelyn Ross para averiguar si lo que había escuchado la noche anterior antes de marcharse era verdad.

El recuerdo de la intensidad en la mirada de Wulfgar y la manera en la que le había besado el dorso de la mano le producían una agradable calidez en su interior, pero al pensar en que él bien podía estar paseando con lady Jocelyn mientras ella lo esperaba ilusionada estaba transformando todo lo ocurrido en un engaño.

No podía más que preguntarse si Wulfgar lo habría hecho para producirle celos a la dama en cuestión. ¿Y qué mejor que hacerlo con aquella persona a quien Jocelyn más despreciaba?

Suspiró y se dejó caer de espaldas sobre su cama, la mirada clavada en el techo. Al menos tenía una habitación hermosa y confortable, porque con la cantidad de tiempo que pasaba en la misma habría sido horrible estar encerrada en algo del tamaño de un ropero de escobas.

Sus pensamientos finalmente se focalizaron en su hermana Emma, de quien no había recibido novedad alguna así como tampoco de su madre, lo cual en sí era muy inusual. Comprendía algo de retraso en el correo, pero aun así... algo debió de haber arribado, considerado el tiempo que ella llevaba instalada en Londres.

Pero cada vez que le preguntaba al ama de llaves la mujer huía atemorizada, y las pocas veces que le había sacado el tema a su tía, había terminado recibiendo unas respuestas tan horribles que simplemente había optado por dejar de preguntar, limitándose a estar atenta al arribo de cualquier tipo de correspondencia.

Volvió a suspirar, sintió el ardor de las lágrimas en sus ojos y se esforzó por no dejarlas caer. Lo último que deseaba era que su tía descubriera que ella había estado llorando. La mujer se regodearía en ello a más no poder.

Ya bastantes reproches había recibido por su conducta de la noche anterior. Y aunque ella misma reconocía que había sido bastante osada, casi bordeando lo escandaloso, no se arrepentía. Al menos, tendría finalmente un lindo recuerdo luego de haber asistido a tantos bailes.

—¡Levántate! ¡Vístete! ¡Ahora! —La irrupción de su tía en la habitación casi la hizo caer de la cama del susto.

Sorprendida, se levantó con rapidez y ni siquiera objetó cuando un grupo de criadas entró detrás de ella y se apresuraron a desvestirla para luego enfundarla en un vestido de color rosado, y con la misma velocidad la maquillaron y peinaron.

Aun sin comprender lo que ocurría, se dejó guiar escaleras abajo, para encontrarse cara a cara con Gigi, escoltada por su marido y otra pareja más que no les eran familiares.

—¿Lady Saint Leger? —preguntó cauta.

—Lady Olivia, espero no te importe, pero el día hoy estaba tan hermoso que nos pareció una lástima no aprovecharlo.

—Pero...

—Permíteme presentarte a mi buena amiga lady Sophia y a su esposo lord Nathaniel Mackenzie Howard.

—Es un placer —susurró sintiéndose inesperadamente tímida.

—Por favor, solo somos Sophie y Nathan. Leo y Gigi nos han hablado tanto de ti que es como si te conociéramos de siempre. —La alegre pelirroja la estrechó en un fuerte abrazo mientras su marido le ofreció una sonrisa amable.

—Eh, yo... —Insegura respecto a qué decir, finalmente calló. Y fue entonces que su tía hizo su aparición, vistiendo uno de sus mejores conjuntos.

—Ellos muy amablemente nos han invitado a pasear al parque, Olivia. Agradéceles —le ordenó dejando más que en claro su obvio desagrado hacia ella.

—Por favor, lady Florence, nosotros apreciamos a lady Olivia. Es un verdadero placer que nos acompañe —le aseguró lord Saint Leger ofreciéndole a la dama una mirada muy significativa, que dejaba en claro que no estaba dispuesto a tolerar ninguna clase de comportamiento desagradable de su parte.

—Ahora, damas, si están listas. Nuestros coches nos esperan —informó lord Howard mientras le ofrecía uno de sus brazos a lady Florence, y Leo hacía lo correspondiente con Oli.

Sin embargo, al llegar a la vereda, se encontraron con tres carruajes. Y aunque ellas subieron en el primero, una vez llegaron al parque, la joven no pudo menos que notar que el tercer transporte, que estaba vacío, los había seguido. Extrañada, iba a mencionarlo cuando Gigi enlazó sus brazos mientras Leo se ocupaba de asistir a Florence.

—No te preocupes. Hoy vas a tener una tarde maravillosa —le susurró cómplice, y enseguida su mirada se dirigió hacia el lago Serpentine que divide el parque Hyde y los jardines de Kensington.

Cada vez más confundida, Oli siguió la dirección de su mirada para hallarse con toda la atención de Wulfgar focalizada en ella. Lo que hizo que la joven enseguida quisiera avanzar hacia él.

—Espera... —le susurró Gigi dándole un suave apretón en el brazo, y ambas se detuvieron mientras Wulfgar comenzaba a caminar en su dirección, acercándoseles. Pero Oli intuía que su amiga estaba esperando a algo.

—¿No cree que el parque se ve maravilloso, lady Florence? —La pregunta provino de Leo y esa pareció ser la señal que Gigi esperaba porque liberó a Oli y la instó a avanzar.

Sin dudar un instante, la joven se apresuró al encuentro de Wulfgar, y aunque era consciente de que esa conducta no era propia de una dama, el brillo en la mirada masculina fue toda la respuesta que necesitó para saber que estaba haciendo lo correcto.

—Lord Wulfgar, ¿qué...? —Pero no logro pronunciar más que esas palabras, que él le aferro una mano y se la acercó a la boca para besársela con suavidad.

—¿Acaso creíste que mentía? —Algo en el rostro de Oli debió traicionar sus sentimientos porque el rostro masculino recupero su usual seriedad—. ¿Qué te dijeron?

—Nada

—Olivia...

—Wulfgar... —Ella utilizó el mismo tono de voz que él, lo que le ganó una ceja masculina enarcada y que él le sujetase con delicadeza el mentón para así asegurarse de que ella no desviase el rostro mientras él inclinaba el suyo.

—Dime qué oíste, Oli.

—Que ibas a pasear con lady Jocelyn porque la estás cortejando —susurró con suavidad.

—¿Y qué más, Oli?

—Que para mitad de año ella espera ser tu esposa —terminó de contarle sintiéndose ridícula por haberse dejado influenciar por lo que había escuchado la noche anterior.

—Es mentira. Estoy aquí por ti. Ella no podría importarme menos —le susurró a su vez Wulfgar, y antes de soltarle el mentón Oli sintió un suave beso en la frente y luego lo vio retroceder un paso con rapidez.

—Lord Wulfgar, qué sorpresa hallarlo aquí. —La voz de su tía la paralizó e hizo que el corazón le latiera enloquecido. Si ella vio lo que acababa de ocurrir...—. Disculpe no haberlo saludado antes, pero es que los jardines están tan bellos y con lord Saint Leger como guía es imposible no quedar capturada por sus conocimientos.

Wulfgar inhaló hondo y se mentalizó para mostrarse educado con la dama. De haber sido otras las circunstancias, le habría dejado más que en claro lo que opinaba respecto a ella y su tratamiento de Oli, pero era consciente de que si la dama se disgustaba eso le complicaría el poder ver a la joven.

Y la sonrisa en su rostro apenas lo vio y la manera en que se apresuró a caminar hacia él, sin jamás desviar la mirada ni titubear, hizo que su corazón latiera desbocado. Ella era sincera en sus reacciones y eso lo fascinaba.

Cuando aceptó actuar como protector de la joven fingiéndose su pretendiente jamás creyó quedar cautivado por ella, y en especial descubrir que quizás aquello que anhelaba estaba más

cerca de lo que creía. Y aunque aún eran solo sospechas, no tardaría en comprobarlo.

—Lady Florence, esperaba me permitiera llevar a su sobrina a dar un paseo en bote por el lago. —Ser encantador no era lo suyo, eso se lo dejaba para su amigo Simon, pero era consciente de que necesitaba convencer a la dama mayor si deseaba tener alguna oportunidad real con la joven.

—¡Eso suena divertido! ¿Les importa si los acompañamos en otro, Wulfgar? Nathan hace rato que me prometió serenarme en un bote. —Como siempre desenfada, la pelirroja no dudó en arrastrar a su marido hacia una de las pequeñas embarcaciones, y no dándole otra opción a la dama mayor de aceptar que su sobrina diese un paseo también.

Wulfgar le lanzó una mirada agradecida a Nathan, a lo cual él le respondió guiñándole un ojo, y pronto ambos botes partieron al unísono. Él no tardó en perderse en la naturalidad de Oli, quien sonrió al ver los cisnes paseando por el lago y disfrutando de las migajas de pan que los visitantes les lanzaban, así como también no paró de reír cuando Nathan comenzó a serenar a Sophie a viva voz y de manera tan estruendosa que el lugar entero lo escuchó. Pero con su magnífica voz no tardó en obtener una ovación al finalizar la tonada.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Porque es la primera vez desde que llegué a Londres que la paso tan bien —le respondió con sinceridad—. Exceptuando la visita a la modista con Gigi.

Wulfgar le sonrió mientras ella le contaba todo lo ocurrido aquel día, y pronto se encontró fascinado escuchando sobre su infancia en Arabia, y aunque al igual que Gigi y Leo sospechaba que había mucho que la joven ignoraba sobre la historia de amor entre sus padres, se alegraba de que le hubiesen pedido su ayuda. De lo contrario jamás habría tenido la oportunidad de haberla conocido.

—¿Y tu padre...?

—El médico insiste en que necesita reposo, pero... no sé... —La vio morderse el labio inferior y desviar la mirada hacia el lago.

—Puedes confiar en mí, Oli.

—Siento que lo que él dice está mal. Que algo más está ocurriendo con papá —finalmente le respondió.

—¿Qué crees que puede ser?

—¿Tú crees que una persona puede enfermar de un corazón triste? —le preguntó finalmente Oli, sorprendiéndolo

—Supongo... que sí. Que si eso que hirió al corazón era lo mismo que lo hacía vivir, sí. Un corazón puede enfermar de tristeza.

—Yo creo que eso le ocurre a mi padre, Wulfgar, pero Florence no me permite pasar tiempo con él. —Las lágrimas fueron tan inesperadas que él tardó unos segundos en reaccionar, pero enseguida apoyó los remos a un costado, y luego de asegurarse de que no iban a perderlos, se arrodilló con lentitud frente a la joven y la estrechó en sus brazos.

—Oli...

—Solo quiero que vuelva a ser el hombre que conocí —logró susurrarle mientras enterraba el rostro contra su saco—. Quiero a mi papá de vuelta. Y encima no saber nada de Emma ni de mi madre... Ya de por sí fue difícil cuando obligó a Marianne a marcharse de regreso a Arabia para que acompañara a mi hermana a Londres.

Eso despertó varias alarmas en su cabeza, y con suavidad la apartó, pero solo para sujetarle el rostro entre sus manos.

—¿A qué te refieres, Oli? ¿Qué ocurre con ellas?

—Apenas llegué recibía todo tipo de correspondencia de ellas, pero desde que nos fuimos al campo no he sabido nada. Se supone que Emma se iba a reunir conmigo aquí en Londres pero... ¿y si algo le ocurrió?

—¿Ella estaba allá en Arabia? —No queriendo angustiarla más de lo que ya obviamente estaba, hizo la pregunta con suavidad.

—Sí. Se quedó a ayudar a mamá con algunas cosas mientras yo cuidaba de papá, pero no sabíamos sobre la tía Florence. —Y de nuevo las lágrimas comenzaron a caer.

Por el rabillo del ojo vio como Sophie abría su sombrilla y se aseguraba de cubrirlos a ambos de las miradas curiosidad que estaban en el muelle, a lo que Wulfgar le estuvo sumamente agradecido. Y por eso se inclinó, y le besó las mejillas, bebiendo cada una de sus lágrimas, hasta que la sintió relajarse contra él.

—Oli, escúchame, te prometo que voy a averiguar todo lo que pueda.

—¿En serio?

—Solo dame unos días, ¿sí? Conozco a alguien que sabrá decirnos exactamente dónde está Emma y cómo se encuentra tu madre.

—¡Gracias! —Oli se lanzó a sus brazos y él la estrechó de nuevo con fuerza contra él. Lo que no supo precisar fue en qué momento ocurrió, pero sus labios se hallaron con los femeninos y, aunque fue apenas una caricia, encendió un fuego en su interior que al instante supo que solo Oli podría mantener vivo.

Hicieron el regreso hasta el muelle en silencio, pero lleno de miradas cómplices y roces disimulados de manos y pies. Ni siquiera la expresión agria de lady Florence logró amargar el buen humor de Wulfgar, y aunque odió cada momento de dejarla marcharse sabía que debía hacerlo, tenía que reunirse con lord Saint Leger y comentarle lo descubierto y ver si podían contactar a Aidan Ó Faoláin. Si alguien podía averiguar lo ocurrido con Emma Wentworth era él.

Capítulo 9

*R*esidencia Wentworth

Unos días más tarde...

—*As salam u alaikum*

—*As salam u alaikum wa rahmatullahi wa barakatuh* —se apresuró a responderle Oli al hombre que acababa de ofrecerle la bendición de Alá mientras se levantaba del asiento en el que se hallaba.

Cuando el ama de llaves vino a avisarle sobre una visita ella creyó que se trataba de Wulfgar, pero, aunque él se las había arreglado para enviarle misivas, en la última le había comentado que se iba a ausentar unos días de la ciudad para visitar a un conocido suyo.

Sin embargo, lo último que esperó fue hallarse cara a cara con un desconocido, y sin que su tía estuviera presente para supervisar la visita. Eso solo la puso muy nerviosa, asique tan solo se limitó a quedarse de pie junto a la puerta abierta de la sala de estar.

—Disculpe la inesperada visita, lady Olivia, pero era imperativo que la conociera.

—¿Conocerme? ¿Por qué?

—Porque así lo exigió él. Usted ya sabe lo caprichoso que puede ser cuando se lo propone —continuó con su explicación el hombre, y la joven no tardó en comprender que era tan solo un sirviente enviado por alguien más a cumplir un cometido—. Ahora que sabemos dónde se halla, él estará muy satisfecho. Si me disculpa, debo marcharme.

Y tan rápido e inesperada como fue su llegada, así lo fue su partida. El temor no tardó en clavar sus dedos en su alma, y media hora, luego de analizar la situación de todos los ángulos posibles, Oli se hallaba en la puerta de los Saint Leger, desesperada por hablar con Gigi.

—¿Lady Olivia? —Edwina pareció intuir su estado emocional porque de inmediato la hizo pasar y la guio a la biblioteca donde Gigi se hallaba con Leo, disfrutando de algo de tiempo a solas.

—¿Oli?

El instante en que la dama se acercó a la joven, Oli se abrazó a ella como si la vida le fuera en ello. La pareja intercambió miradas alarmadas y Edwina se alejó con rapidez en dirección a la cocina para preparar uno de los tés relajantes de Gigi.

—¿Qué ocurrió?

—No... no estoy segura. Puede no ser nada.

—Olivia, dinos qué ocurrió. Uno no se pone así por nada. —Aunque firme, Leo la guio hasta uno de los sillones y la ayudó a acomodarse mientras Gigi se sentaba junto a la joven y le aferraba las manos.

—Hoy... hace apenas un rato, tuve una visita.

—¿Quién era?

—No lo sé.

—¿Y tu tía?

—Me parece que no estaba en casa. No lo sé. Igual el ama de llaves lo dejó pasar, y ella jamás hace eso —susurró con voz temblorosa—, Él era árabe.

—¿Lo conocías? —Esta vez fue Leo quien volvió a tomar la palabra, su ceño fruncido indicando mejor que nada su obvia preocupación.

—No. Pero él sí a mí. Dijo que alguien lo envió, pero no me dio ningún nombre. Así de rápido como llegó se marchó. Y yo... no sé... me asusté. —Oli se cubrió el rostro con las manos mientras intentaba recuperar algo de control sobre sus emociones, pero el momento en que Gigi volvió a abrazarla comenzó a llorar.

La pareja volvió a intercambiar miradas alarmadas. Cuando aceptaron ayudar a Desi y a Clarisse jamás imaginaron que la tarea iba a volverse tan... complicada. Incluso lo ocurrido entre Sophie y Nathan, que involucró todo un conflicto en las Tierras Altas, parecía palidecer ante todo lo que habían ido descubriendo de lord Kenneth y Fátima, los padres de la joven.

—Cuando Wulfgar se marchó estaba muy preocupado. Me dijo que te prometió volver con respuestas... ¿Respuestas a qué, Oli? —Continuó Leo con su gentil cuestionamiento.

—Sobre Emma y mi madre. No sé nada de ellas desde que nos trasladamos al campo con Marianne y mi padre —se apresuró a confiarle la joven—. Luego Florence envió a Marianne a nuestro hogar para que acompañara a Emma en el viaje de regreso... y tampoco supe más nada de ella. Wulfgar me prometió que descubriría qué ocurrió.

—¡Leo! ¡Gigi! ¡Lord Wulfgar ha llegado! —Edwina irrumpió en la habitación seguida de cerca por el caballero en cuestión, que portaba una expresión tormentosa en el rostro, obviamente habiendo sido puesto al tanto de lo ocurrido.

Su penetrante mirada enseguida se focalizó en la joven y Oli no dudó un instante en levantarse del sillón y correr hacia él. Donde él la estrechó con fuerza entre sus brazos e inhaló hondo su femenina fragancia que lo enloquecía.

—Leo, lady Gigi... —dijo el hombre a modo de saludo con Oli aún protegida en sus brazos.

—¿Podrías acompañarme a retirar unos paquetes, milord? Creo que a ambas nos vendría bien algo de aire fresco —le solicitó Gigi mientras se apoyaba una mano en el vientre transmitiéndole de manera silenciosa la noticia que muy pocos sabían, y al mismo tiempo apelando a su sentido de la caballerosidad e instintos protectores—. Estoy segura de que para cuando regresemos Leo le tendrá novedades.

Wulfgar asintió aunque deseaba quedarse y averiguar las respuestas cuanto antes, no se le había pasado por alto el conflicto en el rostro de Leo al escuchar el deseo de su esposa de abandonar la seguridad de la casa. Lo mínimo que él podía hacer entonces era actuar como protector y escoltarlas. Sin mencionar que coincidía en que a Oli le vendría bien distraerse y estar un poco afuera.

Dos horas más tarde se alegraba de haberlas acompañado. Aunque se le hacía un poco extraño el hallarse en el interior del acogedor comercio de la modista, dado que nunca se había visto involucrado en nada de todo lo concerniente al universo femenino, descubrió que era interesante.

Aunque no comprendía la diferencia entre una tela y otra, sí podía apreciar cómo se complementaban con la piel de una dama. En especial la de la Oli, que había abandonado el vestidor para mostrarle cómo le quedaba un precioso vestido azul que hacía que sus ojos se vieran como dos luceros en la noche.

Luego de eso no había podido desviar la mirada de ella. Con cada atuendo que ella salía a mostrarle él no podía más que sentirse cada vez más cautivado. Era consciente de las miradas que Gigi daba en su dirección, pero cada vez que sus ojos se cruzaban, ella tan solo le sonreía, dejando más que en claro que toda la situación la complacía.

—Lady Olivia, ¿desea probarse este también?

Oli se hallaba de pie de nuevo vistiendo el vestido azul dado que la modista le había hecho algunos ajustes, pero ahora la mujer se le acercaba con uno de un intenso color carmín. Aunque sabía que no era el color más apropiado para una dama de alta sociedad, Wulfgar se halló deseando que ella se lo pusiera. En especial cuando ella se lo apoyó contra su cuerpo y se observó en el espejo.

No fue consciente de que se había levantado de su asiento y se le había acercado hasta que ella se giró ligeramente en su dirección.

—Te quedaría bellissimo... —le susurró, de nuevo el recuerdo de la misteriosa joven de aquella noche en el campo siendo reemplazada por Oli.

La interrupción de una joven con una misiva para Gigi interrumpió el momento y pronto se encontraron acompañando a Oli de regreso a su casa, que aún brillaba por la ausencia de Florence. Y aunque tanto a Wulfgar eso le resultó inusual, la promesa de que vería a la joven en unos días le ofrecía cierta tranquilidad.

Capítulo 10

De Warenne Hall

Unos días más tarde...

Oli creyó haberlo visto todo en lo que a se refería a las fastuosas e imponentes residencias de la aristocracia, pero supo que se había equivocado el instante en que ingresó al lugar.

Ahora comprendía la fascinación de su hermana con las historias góticas. Si la construcción era un reflejo de las palabras escritas influenciadas por esa atmosfera, Oli definitivamente iba a leerse las novelas. Casi podía escuchar la voz del escritor Edgar Allan Poe.

—«Y el crujir triste, vago, escalofriante de la seda de las cortinas rojas llenábame de fantásticos terrores jamás antes sentidos. Y ahora aquí, en pie, acallando el latido de mi corazón, vuelvo a repetir...» —susurró una de las estrofas mientras contemplaba como los cortinados rojos del salón se mecían por el viento, que había ido aumentando a lo largo del día, y tan solo era preludeo a la tormenta que amenazaba con desatarse en cualquier momento sobre la ciudad.

—Impresionante, ¿no lo cree, milady? —El caballero que le hablaba le era un desconocido, y luego de lo ocurrido hacía unos días atrás, tan solo asintió, pero se aseguró de mantener una distancia prudencial mientras sutilmente intentaba hallar a Gigi o a Sophie.

—¡Oli! —El efusivo saludo de una joven que tampoco le era familiar la puso nerviosa hasta que notó la manera en que lady Jocelyn y las damas que la acompañaban miraban a la dama en cuestión. Eso solo fue suficiente para responderle con amabilidad y permitirle alejarla en la dirección opuesta al grupo de avinagradas damas.

—Soy Emmeline De Warenne, Gigi es mi prima —le informó en un susurro su nueva acompañante mientras se desplazaban hacia los ventanales abiertos del salón—. Mi tutor organizo este evento a regañadientes aunque si me preguntas, más allá de los invitados usuales, hay varios de ellos a quienes no conozco.

—¿Eso es bueno o malo?

—Supongo que un poco de ambos. Al menos hay tanta gente que la arpía de tu tía va a estar demasiado ocupada socializando como para martirizarte —le respondió con absoluta sinceridad la joven, horrorizándose ante sus propias palabras segundos después, y haciendo que se cubriera la boca con la mano.

Oli le sonrió al ver su reacción. El hecho de tener tantas personas de su lado había ayudado

mucho a mejorar su estado de ánimo, incluso si desde que viera a Wulfgar su tía siempre le prohibiera salir a pasear, mintiéndole a todo el mundo al decirle que ella no se encontraba bien de salud.

—Escuché rumores de que vamos a tener un invitado muy especial —le confió la joven mientras dirigía su mirada una y otra vez hacia la entrada principal—. Sé que no debería esperar mucho dada la reputación de mi tutor y sus hermanos, pero una nunca sabe....

—¿Quizás tu príncipe azul? —bromeó Oli compartiendo una nueva risa compinche con Emmie.

—Puede ser del color que quiera mientras no sea un idiota prepotente y arrogante —respondió con firmeza mientras fruncía la boca en señal de disgusto hacia un grupo de caballeros ubicados cerca de la entrada.

Intrigada, Oli los observo. Aunque ninguno le resultaba tan apuesto como Wulfgar, ni le hacía sentir mariposas con su mirada, era obvio que no eran invitados cualquiera. Se preguntó por unos instantes si su hermano mayor tendría esa clase de amigos. Al fin y al cabo, aún estaba soltero y, por lo que había escuchado, no tenía apuro por ingresar al mercado matrimonial.

—Mi hermano está soltero... —comentó de modo pensativo.

—¿Andrew Wentworth? —Emmeline adoptó una expresión soñadora que sorprendió a Oli—. Créeme, todas hemos intentado atraer su atención, pero ninguna lo ha logrado. Por algo lo llaman el Caballero Negro.

—¿Por qué lo llaman así? Él nunca quiso decirlo...

—Oh, yo... jamás supe los detalles. Quizás sería mejor que se lo preguntes a él —se apresuró a responderle la joven claramente nerviosa con el tema.

—Está bien, Emmie. No tienes nada que explicar—intento reconfortarla, pero sus palabras se vieron ahogadas por una gran conmoción y pronto ambas notaron como la mayoría de los invitados se apresuraba en dirección a la entrada y también espiaban por los ventanales que daban a la calle.

Ambas intercambiaron rápidas miradas, pero se quedaron de pie en donde se hallaban mientras las murmuraciones iban aumentando en volumen hasta que inesperadamente la puerta del frente se abrió y el más absoluto silencio pareció apoderarse de la estancia.

—¿Quién será? —Emmie estaba intentando ver algo entre los invitados que se hallaban obstaculizándole la visión cuando Oli se aferró con fuerza a su brazo—. ¿Qué...?

—Es él. —Oli sintió que le faltaba el aire y consideró seriamente huir, pero sabía que no llegaría lejos que los escoltas del recién llegado la traerían de vuelta a la fuerza.

—¿Quién? ¿Oli?

—Su Alteza... Farid Haidar Al-Zaidani —susurró mientras intentaba no entrar en pánico. No era que estuviese exhibiendo demasiado escote ni nada por el estilo, pero el príncipe podría objetar al verla vestida con la indumentaria inglesa.

—¿Su... Alteza? ¿Es un rey?

—Príncipe. Segundo en la línea sucesoria —se apresuró a explicar, pero enseguida clavó los

ojos en el suelo cuando la comitiva se detuvo frente a ella.

—Ya no más, Olivia. —La profunda voz la sobresaltó. Ignoraba que él la hubiese oído. Así que tensa, se limitó a quedarse de pie donde se hallaba. Cuando vio a Emmeline huir supo que no podía culpar a su amiga.

Pero no contó con que Wulfgar aparecería y, sin dudarlo, le envolvería un brazo en torno a la cintura y la acercaría a su cuerpo.

—Un protector... veo que mis hombres no se equivocaban. Eso es una buena noticia. Algo menos de lo cual preocuparse. —Confundida con sus palabras, Oli elevó la vista en dirección al recién llegado—. No estoy aquí para llevarte de vuelta a Arabia, *okht sghira*. —La joven abrió los ojos sorprendida y no supo qué responderle, pero un gruñido proveniente del hombre a su lado le recordó dónde se hallaban—. Tampoco he venido a arrebatártela, lord Wulfgar —le aseguró el príncipe mirando con interés al caballero.

—Entonces ¿a qué ha venido, Su Alteza? —Wulfgar se irguió en toda su estatura y se aseguró de dejarle en claro al príncipe que no le intimidaba en lo más mínimo. El único temor que él tenía en aquellos momentos se relacionaba con las motivaciones del hombre para haber hecho un viaje tan largo.

—*Okht sghira*, no tuve opción. Debes cuidarte de *Jaduna*.

—¿Qué? ¿Por qué? Emma y yo jamás le importamos... ¿Por qué habría él de...? —Pero Oli calló el instante en que el príncipe le aferró las manos. Wulfgar recordó que eso simplemente no se hacía. Los hombres y las mujeres no tenían contacto físico alguno a menos que fueran parientes.

Por eso apenas sintió el cambio en al joven en sus brazos, le apartó las manos y se interpuso entre ambos. Los dos enormes hombres que lo acompañaban no le iban a impedir protegerla del recién llegado. Ni siquiera cuando sacaron a relucir dos brillantes espadas curvadas. Cuando Simon de inmediato se le acercó y desenfundó su espada preparado para combatir, se lo agradecía con la mirada.

—Caballeros, por favor, no he venido a pelear —declaró el príncipe dirigiendo una fría mirada hacia sus propios hombres, quienes de inmediato retrocedieron y ante una seca orden se retiraron seguidos por el séquito con el que había ingresado, a excepción del hombre que resultó ser el misterioso visitante de hacía unos días atrás—. Lord Wulfgar, espero cuide bien de mi *okht sghira*. No necesito de mis hombres para pelear.

—Yo tampoco, Su Alteza —le respondió tenso, aunque él miraba a Oli como si fuese algo muypreciado no lo hacía de ninguna manera que pudiera considerarse romántica.

El príncipe asintió y se dio media vuelta, listo para marcharse, pero no llegó lejos que Oli lo detuvo.

—¿Qué está ocurriendo realmente? —le pidió la joven preocupada.

—*Jaduna* parece que finalmente decidió que sí podían serle de alguna utilidad —le respondió con obvia reticencia—. Está decidido a comprometerlas con dos nuevos posibles socios de negocios suyos. Ambos tienen esposas, pero expresaron interés en adquirir concubinas

—¡No! —Wulfgar estaba seguro de que había rugido, y por las expresiones de los presentes era obvio que se estaban regodeando en verlo involucrado en semejante escándalo. Años sin darles de qué hablar para luego estar en el centro de toda la acción—. Olivia es mía.

El príncipe disimuló una sonrisa, pero la satisfacción en su mirada era más que palpable; cuando esta vez realizó una reverencia en su dirección Wulfgar supo que de alguna manera acababa de darle su bendición.

—*Okht sghira*, Wulfgar, que Alá los proteja y guíe sus pasos. —Dicho lo cual se marchó como si no fuese el responsable del mayor escándalo desde la huida de lord Kensington y Calíope Forrester.

—¿Qué significa esa palabra?

—Pequeña hermana... —le susurró Oli, la confusión más que obvia en su voz.

Luego de eso todo pareció ocurrir en un abrir y cerrar de ojos. Mientras Leo se le acercaba para comentarle cierta información que había hallado, Sophie acompañada por Nathan le informaron que se llevarían a Oli con ellos y se asegurarían de que estuviera a salvo.

Capítulo 11

Oli sentía que sus emociones estaban fuera de control. Ya no sabía qué pensar respecto a todo lo que estaba ocurriendo. En un primer momento, cuando el príncipe mencionó a su abuelo, creyó que él había venido a buscarla para tomarla como su esposa o concubina. Pero luego la forma en que la trató... era casi afectuosa. Sin embargo, eso de ninguna manera hacía que su problema fuera menos complicado. Su abuelo era un hombre sumamente poderoso y con muchos recursos, quizás incluso más que su vulnerable padre.

Sabía lo suficiente sobre él como para temer que si realmente se lo proponía, se saldría con la suya. Y aunque la idea de ser la concubina de uno de sus desagradables asociados le revolvió el estómago, no estaba dispuesta a permitir que nadie pusiera su vida en peligro por ella. Quisiera o no, debía tomar una decisión.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que probablemente por eso no fue consciente de que se internaban en un oscuro callejón y que ingresaban por la puerta trasera del más reputado burdel de Londres.

—Sophie, ¿a quién me has traído, preciosa?

—A mi amiga Olivia. Ella... necesita refugio por unos días —le respondió la dama, abrazando con afecto a la elegante dama mayor enfundada en un costoso y escotado traje verde esmeralda.

—Por supuesto que sí, cariño. Sabes que es más que bienvenida. Solo dame unos minutos porque tuvimos que echar a un cliente que intentó sobrepasarse con una de las chicas —le explicó a modo de disculpa y con obvio disgusto mientras le ofreció una sonrisa amable a Oli.

—¡Madame! ¡Madame! —Jimmy, con el rostro rojo, se les acercó a la carrera—. Un caballero exige ver a su prometida. Dice que usted la tiene aquí.

—¿Yo? A la prometida de quien... Oh. —La dama de inmediato clavó su astuta mirada en Oli.

—Yo no estoy prometida, madame.

—Pues es un caballero gigantón. Muy serio. Pelo negro y ojos del mismo color que el brandy que le gusta saborear a madame —declaró el muchacho removiéndose en su sitio claramente preocupado.

—Ese es... —Sophie observó a la joven, sorprendida.

—Wulfgar —susurró Oli también sorprendida.

—Ve, Jimmy, llévalo a la habitación de las noches árabes —lo instó finalmente madame

mientras analizaba las diversas emociones que atravesaban el rostro de la joven, hasta que finalmente la vio enderezar los hombros y mirarla de frente—. ¿Ya lo has decidido, muchacha?

—Sí, madame. —Oli sabía lo que tenía que hacer. Al día siguiente a primera hora contactaría al príncipe, vería qué sabía sobre Emma y su madre, y a partir de ahí lidiaría con su abuelo.

—¿Cómo te podemos ayudar? —se ofreció al instante Sophie, la preocupación más que obvia en su mirada.

—Solo por esta noche... seré Sherezade —les respondió. Al menos por esa noche podría fingir que no había un mañana, y si las cosas no salían como ella esperaba, al menos se llevaría el dulce recuerdo de haber sido la mujer de Wulfgar por una noche. Esa era una parte de sí misma que no estaba dispuesta a darle a nadie más que al hombre que había ganado su corazón.

Wulfgar comenzaba a comprender las razones detrás de la conducta sobreprotectora de varios de sus conocidos. Hasta que Oli no se cruzó en su camino no había conocido a la mujer que realmente lograra descongelar su corazón.

Ahora estaba sentado en la habitación de un burdel esperando a alguien viniera a explicarle qué demonios hacía ella en un lugar como aquel. No era que él no los hubiera visitado en su juventud, pero rápidamente habían perdido el encanto cuando las mujeres lo único que siempre veían era su dinero y su título. Con Oli jamás fue así. Con ella era simplemente un hombre.

Por eso cuando el dulce aroma frutal le invadió los sentidos creyó estar alucinando. Hasta que la música se apoderó de la estancia, retumbando en su interior, haciendo que la sangre se le espesara. Para cuando la misteriosa joven enfundada en el casi inexistente traje rojo hizo su aparición, él supo sin ninguna duda que ya no era responsable de sus acciones ni dueño de su corazón.

Al igual que aquella noche, se encontró por completo bajo su hechizo, y a pesar de que parte de su rostro estaba cubierto por una máscara, sus profundos ojos azules eran inconfundibles.

—Mi odalisca... —le susurró mientras ella lo envolvía con el delicado tul de seda.

Cuando ella lo instó a recostarse sobre la cama, él lo hizo sin dudar. Así como también permitió que ella le sujetase las muñecas con la tela. Ella se acomodó con suavidad sobre él mientras los últimos acordes de la música vibraban en torno a ellos.

El instante en que la música cesó, Wulfgar se liberó, aferró a la joven por la cintura mientras a la vez la sujetaba por la nuca y se perdía en la suavidad de sus labios. La respuesta apasionada con ella fue todo lo que necesitó para saber que ella estaba tan entregada como él a sus sentimientos.

—Sé mía...

—Lo soy —le susurró con obvia timidez. La máscara no lograba ocultar el sonrojo en sus mejillas, y él se la acarició con suavidad.

—¿Solo por esta noche o para siempre?

—Wulfgar...

—Solo te pido una oportunidad. Nada más —le susurró mientras la recostaba sobre el lecho y continuaba acariciándola—. Déjame cortejarte como te mereces. Permíteme mostrarte como podría ser nuestro futuro... Solo eso. Una promesa y a cambio te doy la mía.

Sin dudarlo, del interior de su saco hizo aparecer el anillo de su familia. Una delicada creación en oro con un rubí rodeado de pequeño diamantes. Las lágrimas brillaron en los ojos azules de la joven, y a pesar del temor y la duda que eran más que obvios en su mirada, asintió.

Sintiéndose por primera vez genuinamente bendecido, Wulfgar se perdió en sus brazos y en sus caricias. Así los halló el amanecer. Él profundamente dormido, mientras una joven se deslizaba silenciosamente de la habitación, no sin antes darle una última mirada al hombre con quien sabia dejaba su corazón.

Capítulo 12

Oli tenía todo bien planeado. Pasaría brevemente por la casa de su padre para verlo y luego iría a hablar con el príncipe. Dependiendo de lo que descubriera, ahí decidiría sus próximas acciones. Estaba cansada de comportarse como la típica flor inglesa solo para ver como todo parecía ocurrir a su alrededor sin que ella pudiera opinar al respecto.

Estaba por ingresar a la casa cuando el sol se reflejó sobre el rubí y la sonrisa de inmediato apareció en su rostro. Aceptar a Wulfgar le había dado esperanzas. Pero ahora, ante la posible realidad de lo que podría ocurrir, sabía que no todo sería tan fácil.

El grito en árabe la alertó de que algo ocurría, cuando eso fue seguido por más gritos que ella estaba segura pertenecían su tía Florence, se apresuró a ingresar a la casa solo para encontrarse con un desconocido esperando a los pies de la escalera, pero toda su atención focalizada en las habitaciones superiores.

—Lady Olivia. Esos ojos son inconfundibles. —El sonido de cosas cayendo le hicieron apenas si murmurar una rápida respuesta hacia el caballero, apurada como estaba por llegar a donde sabía que ocurría el conflicto. El aposento de su padre.

Pero no llegó siquiera a dar un paso dentro del mismo que un fuerte par de brazos la detuvieron y elevó el rostro para encontrarse con sus propios ojos observándola.

—¿Andrew?

—Hola, *okht sghira* —la saludó en absoluto preocupado por los gritos que se escuchaban a sus espaldas.

—¿Qué...?

—El príncipe. —Fue toda la respuesta que recibió y se apartó del medio para permitir ver lo que sus anchas espaldas le estaban ocultando.

Fátima, su siempre calmada y dulce madre, hecha una verdadera furia, tenía sujeta a su tía Florence por los cabellos. Demasiado sorprendida para hablar solo pudo contemplar la escena ante sus ojos.

—Tú... bruja —escuchó a su madre gritarle a su tía mientras la llevaba a la rastra hasta la puerta de donde ella se apresuró a apartarse—. Si te vuelvo a ver aquí en mi hogar me voy a asegurar de que te arrepientas.

—¿Quién te crees que eres, esclava impía? ¿Con qué autoridad...?

—Con la que le otorga ser la señora de la casa, Florence. —La voz cansina de lord Kenneth los tomó a todos por sorpresa, que de pie en medio de la habitación parecía haber despertado después de un largo sueño—. Mi dulce flor árabe... y pensar que creíste que solo era un capricho la ceremonia.

Sorprendida, Oli miro a su hermano mayor y este le guiñó un ojo en respuesta.

—Por eso tardé tanto en volver, pequeña Tuve que hacer un desvío por nuestra madre mientras ponía en marcha mi plan de asegurarme que la vieja arpía no matase a papá —le explicó mientras le daba un abrazo—. Ahora, solo falta que descubramos dónde está Emma.

—¿Ella no está con ustedes? ¿Y Marianne? Iban a regresar las dos juntas a Londres. — Alarmada Oli miró a su madre y luego de nuevo a su hermano, quienes tenían idénticas expresiones de preocupación sus rostros.

—Ella llegó a casa y partieron juntas pero... luego escuché rumores sobre... —Fátima parecía tener problemas para mencionar en voz alta lo que sabía debía ser responsabilidad de su padre.

—El abuelo... —concluyó Oli por ella.

—Uno pensaría que después de todo lo que hizo nos dejaría en paz —susurró la mujer, y cuando Kenneth se acercó a abrazarla, ella se refugió en su pecho.

—¿En serio creyeron que se saldrían con la suya? Tú eres una puta y tus hijas son bastardas. Y ahora... Emma le pertenece, y si no quieren que le pase nada a ella ni a esa entrometida de Marianne, yo les sugiero que la pequeña Oli empaque sus cosas y se apresure a encontrarse con su abuelo en el muelle. —Habiendo olvidado a Florence todos se giraron a observarla con diversos grados de ira en la mirada.

—Mi propia hermana, ¿cómo pudiste? —Lord Kenneth ya no más bajo el efecto del fármaco que su hermana le suministraba en secreto no lograba comprender cómo Florence lo había traicionado de esa manera.

—¿Cómo pude qué? ¿Permitir que esas bastardas llegaran y arruinaran lo poco que queda de mi reputación? —gritó la mujer, y habría continuado hablando de no ser por el papel que Andrew colocó frente a su rostro. Un certificado firmado por el mismísimo arzobispo que certificaba la unión matrimonial entre Kenneth y Fátima hacía ya veintitrés años atrás—. ¿Le diste tu apellido?! ¡Nuestro apellido! ¡A esa zorra!

Pero antes de que pudiera abalanzarse sobre Fátima, Andrew la aferró de la cintura y la cargó hasta una habitación que sabía estaba vacía, en donde la dejó encerrada bajo llave hasta que decidieran qué hacer con ella.

—¿Estás bien? —Cuando él regresó, Oli asintió, pero luego de dar una rápida mirada en dirección a sus padres suspiró cansada.

—Necesito recostarme un rato

—Por supuesto que sí. Ve. Apenas tenga novedades te avisaré.

—Te quiero, hermano mayor —le dijo, y le besó la mejilla.

—Y yo a ti, enana.

Lo vio alejarse y bajar con rapidez las escaleras, de seguro para reunirse con su amigo, y deseó que las circunstancias fueran otras.

—Perdóname, Andy, pero no puedo dejar a Emma en manos de ese hombre. —Tomada la decisión, agradeció haberle suministrado a Wulfgar un somnífero cuando en algún momento previo al amanecer ella le ofreció algo de té con dátiles para endulzarlo. Odiaba que él quizás supiera lo que había ocurrido, pero sabía que de esa manera era mejor. Así ella, al menos, tendría la tranquilidad de saberlo a salvo.

Media hora más tarde, y luego de haber logrado escabullirse por la puerta de la servidumbre, Oli no tuvo problemas para conseguir un carruaje y pedirle al cochero que la llevase hasta el puerto. Tenía que hallar a Emma y a Marianne, y su abuelo era demasiado astuto como para permitir que alguien que no fuese ella se acercase a donde sea que las tuviera secuestradas.

—¿Necesita que la espere, señorita? —se ofreció el cochero claramente preocupado por dejar a una dama como ella sola en un lugar como aquel.

—No va a ser necesario, gracias. Mi familia me espera —le aseguró la joven, y luego se apresuró a perderse entre la gente del lugar. No debería ser muy difícil hallar a un grupo de hombres árabes acompañados de una mujer inglesa y de su hermana Emma.

—Sabía que vendrías a enfrentarlo, *okht sghira*. —La voz del príncipe a sus espaldas la sorprendió, pero fue lo último que escuchó porque una mano le cubrió la boca y pronto la oscuridad pareció cubrirlo todo.

Capítulo 13

—Si quieres recuperarla te recomiendo no entres a esa casa. —Las palabras tuvieron el efecto deseado y Wulfgar se giró para hallarse con la mirada bicolor de quien no podía ser otro que el mismísimo Aidan Ó Faoláin—. Es mejor que los Wentworth no sepan dónde hallarlas.

—¿Y por qué estás dispuesto a darme esa información a mí?

—Porque Olivia es tu mujer —le respondió con simpleza, y luego lo guio hasta el carruaje mientras lo ponía al corriente de todo lo que había descubierto sobre el abuelo de la joven y hasta qué punto realmente llegaba su maldad.

—¿Ellas...?

—No. No lo saben. Fátima siempre cargó ese dolor en su interior, pero sabía que si alguien lo descubría no sería su vida la que estaría en peligro, sino la de sus hijas, e incluso Kenneth y Andrew —le explicó el hombre con dureza, aunque por las sombras en su mirada no le fue difícil descubrir a Wulfgar que él tenía sus propios demonios con los cuales lidiar.

A partir de ese momento todo pareció transcurrir con suma lentitud hasta que arribaron al puerto y Aidan le hizo cambiarse de ropa a algo que le permitiera pasar un poco más desapercibido entre los trabajadores del muelle. No podía disfrazar su porte, pero al menos podía intentar no llamar demasiado la atención.

—El barco está amarrado y listo para zarpar, solo tenemos una oportunidad. Y esos sujetos no bromean. ¿Viste esas espadas curvas que cargan? No son mera decoración. He visto la facilidad con la que separan una cabeza del cuerpo —le comentó mientras se apresuraban en dirección a una embarcación de velas rojas que ya estaban izando, lo que indicaba que no tardarían en marcharse.

Wulfgar asintió pero se rehusaba a siquiera considerar que podían llegar a fracasar en su misión. Por ende, tan pronto lograron abordar y escucharon los gritos femeninos, se lanzaron hacia las bodegas a toda carrera. Arremetieron contra la puerta para encontrarse al príncipe con una cimitarra en la mano, y el cuerpo del anciano derrumbado ante él.

La comitiva que había acompañado al hombre se había ocupado del resto de los secuestradores y él podía esperar a escuchar el resto de los detalles, su único deseo en aquellos momento era hallar a la mujer que amaba.

—¡Wulfgar! —Volver a tener a Oli en sus brazos finalmente fue lo que logró quebrarlo, porque

enterró el rostro en el cuello de la joven e inhaló hondo rehusándose a soltarla hasta que no estuviese seguro de que ella no era un sueño y realmente estaba ahí con él.

—Sería mejor que las regresen a la mansión Wentworth. Yo me les uniré brevemente —ordenó el príncipe mientras limpiaba su arma en las ropas del anciano, a quien observaba con una indiferencia absoluto, lo que indicaba que algo había ocurrido entre ellos para obtener tan nivel de desprecio.

Oli suspiró aliviada mientras recostaba la cabeza contra el brazo de Wulfgar. En lo que le concernía, si alguien tenía el derecho de tener contacto físico con ella esa persona era él.

Le sorprendía cómo, a pesar de estar enfrascado en su conversación con Aidan y Leo, aun así era consciente en todo momento de dónde se hallaba ella. Durante el viaje en carruaje había considerado contarles lo ocurrido, pero finalmente decidido que sería mejor si Su Alteza lo hiciera.

Al fin y al cabo, ella había deseado matarlo cuando apenas abrió los ojos y lo vio sentado conversando con su abuelo, como si unas noches atrás no le hubiese advertido sobre lo peligroso que era el hombre. Aún recordaba todo lo ocurrido con demasiada claridad.

—¿Te encuentras bien? —le susurró Wulfgar, y de inmediato envolvió su brazo en torno a su cintura mientras su atención se focalizaba por completo en ella.

—Sí. Sí —se apresuró a responderle, pero podía sentir la mirada de Aidan, así que giró el rostro en su dirección.

—¿Por qué estaba el príncipe ahí?

—Dijo que tenía sus propias razones para ello. Que mi abuelo no solo quería dañarnos a nosotros, sino que también había herido profundamente a su madre hace muchos años atrás, pero él lo descubrió tan solo recientemente.

—¿Quién es su madre?

—No lo sé. Yo... algo en su mirada me impidió preguntárselo. —Oli notó enseguida el dolor que el príncipe guardaba en su interior, y no quiso ser la que le hiciera sangrar la herida.

—Hablando de madres... ¿Mamá está bien? —inquirió Emma acomodándose a su lado en el sillón

—Sí. Ahora que nuestro padre no está más drogado no deja de llamar a los cuatro vientos cuánto la ama y cómo no puede vivir sin ella —declaró Andrew acomodándose en otro de los sillones—. Es casi embarazoso verlos juntos.

—Yo creo que se ven lindos. Además, ya era hora de que mamá finalmente fuera feliz —susurró Oli con expresión ilusionada, y su mirada enseguida se dirigió hacia su anillo.

—Hablando de lo cual... ¿hace falta que te desafíe a duelo? —Ahora Andrew observaba a Wulfgar con detenimiento

—Primero, los duelos han sido prohibidos. Segundo, nada impedirá que Olivia se convierta en mi esposa —declaró el caballero dejando en claro que estaba más que dispuesto a batirse a duelo si con eso se aseguraba que Oli jamás volviera a ser separada de su lado.

—Eso está por verse, bárbaro. Aún no le has ofrecido a su familia un obsequio que represente el valor de Olivia. —La voz del príncipe hizo que todos se giraran a observarlo, pero ninguna reacción fue más extrema que la de Fátima cuando se acercaba al grupo cargando una bandeja con té y dátiles para celebrar y se encontró de frente con el recién llegado.

Ambos se observaron en absoluto silencio por interminables segundos, hasta que finalmente la mujer rompió en un llanto desgarrador mientras se llevaba una mano a la boca y la otra la estiraba en dirección al hombre.

—¿Mamá? ¿Mamá? —Tanto Emma como Olivia se levantaron de sus lugares para ir a consolar a su madre, pero los caballeros se lo impidieron conscientes de que había algo más en juego.

—¿Mi... niño? —finalmente logró susurrar la mujer, a lo que el príncipe se aferró a su mano y la acercó a su rostro—. Mi niño... Creí... Él dijo que habías muerto.

—Y a mí que tú habías sido una concubina más. Que me abandonaste con mi padre —le respondió, y luego procedió a envolver a la mujer en un estrecho abrazo por todas las veces que anheló poder hacerlo siendo apenas un niño pequeño.

Emma y Olivia intercambiaron miradas alarmadas. Ignoraban por completo lo ocurrido, pero eso explicaba las noches en que escuchaban a su madre llorando aferrada a un pequeño mechón de cabello azabache que siempre llevaba en su relicario.

—Tu padre...

—Renuncié a mi derecho. Tengo riquezas propias, no necesito de él —declaró con absoluta confianza el príncipe—. Además, aquí está mi familia.

Esta vez las dos jóvenes no dudaron un instante en acercarse, y apenas su madre se apartó, abrazaron al que ahora sabían era su hermano. Las circunstancias no eran nada más que sorprendidas, pero llenas de felicidad, y eso les daba esperanzas de que el futuro fuera a traerles solo bendiciones.

Epílogo

Desi y Clarisse sonrieron complacidas ante la escena frente a sus ojos, aunque habían sido participes de la ceremonia privada en la cual Olivia, enfundada en un vestido de odalisca blanco, había bailado para Wulfgar; verlos ahora bailar por primera vez como marido y mujer frente a toda la aristocracia las llenaba a las dos de una dicha absoluta.

—¿Viste que no había de qué preocuparse?

—Está bien. Está bien. Lo admito, tenías toda la razón, amiga —declaró la dama mientras bebía un sorbo de champagne—. Forman una pareja ideal.

—Quién lo diría... la inefable señorita Olivia y el frío e indiferente Wulfgar. —Desi sonrió y la otra dama no tardó en darle una mirada alarma

—Te conozco. ¿Qué estás planeando?

—¿Yo? Nada en absoluto.

—Desdémona...

—Clarisse....

—¡Oh! ¡Está bien! Solo estaba considerando quién podría ser la próxima dama que ayudar... o caballero. —Y con un muy obvio gesto de la cabeza, señaló en dirección a Aidan Ó Faoláin, quien se encontraba danzando con Emma.

—No. Olvídalo. Ese muchacho ya tiene a alguien en su corazón, así que definitivamente no vamos a involucrarnos en ello... salvo que notemos que realmente necesita nuestra ayuda —se apresuró a aclararle Clarisse, quien por su nieto sabía algo de la historia del caballero renegado—. Además, nosotras solo nos hacemos cargo de aquellas jovencitas que consideran inadecuadas estas estiradas que se creen las grandes damas, cuando no les llegan a los talones a nuestras niñas.

Ambas continuaron conversando mientras observaban a la enorme concurrencia al evento. Aunque lamentaban que sus propios nietos hubiesen decidido extender su estadía en el campo, luego de todo lo ocurrido lo comprendían.

—¿Lady Clarisse? ¿Lady Desdémona? —La voz de Oli las sorprendió y ambas se giraron para ver a la feliz pareja de pie frente a ellas—. Nosotros... sabemos...

—Solo queríamos agradecerles —concluyó Wulfgar por su esposa mientras la estrechaba contra su lado y ella le sonreía feliz—. De no ser por ustedes... nada de esto habría ocurrido.

—No tenemos ni idea de que estas hablando, muchacho —declaró con absoluta seriedad

Clarisse, a lo que Wulfgar enarcó una ceja, pero finalmente asintió y realizó una reverencia ante ellas mientras Oli se les acercaba y besaba a cada dama en la mejilla.

—Mi hermana Emma desea conocerlas, y sé de muy buena fuente que quiere hablarles sobre alguien —les susurró finalmente la joven, y luego de volver a agradecerles se alejó en dirección a donde sus dos hermanos mayores conversaban en amigable compañía, pareciendo haber superado cuales fueran sus diferencias una vez las jóvenes volvieron sanas y salvas a la casa.

—¿Eres feliz? —le susurró Wulfgar mientras ambos disfrutaban de algo de tranquilidad luego de haberse escabullido hacia un área más privada de la propiedad.

Oli sonrió y se recostó contra su amplio pecho mientras él la abrazaba por detrás.

—Muy feliz. Rebosante de dicha. Aún no puedo creer... —Repentinamente se giró y envolvió sus brazos en torno al cuello de su esposo y le ofrecía sus labios.

—Sabes que si el príncipe nos encuentra... —masculló el hombre claramente aún irritado por la insistencia del árabe de mantener a Oli a su lado hasta que él no cumpliera los requerimientos impuestos por él para permitirle casarse.

—Su Alteza ya no puede decir nada —le respondió divertida—. Además, sabes que solo intenta compensar el tiempo perdido.

—Vaya mal momento eligió para ello —acotó, pero no pudo más que sonreír ante la obvia alegría de su esposa—. No puedo esperar a que él caiga a los pies de una mujer.

—Tú y yo... Sospecho que Emma y Andrew también apoyarían esa moción. —Oli le acarició el rostro a Wulfgar, y él al instante inhaló hondo, perdiéndose en su aroma.

—Pensar que casi te pierdo...

—Pero no fue así —le aseguró ella—. Te amo, mi tieso y estirado lord Wulfgar.

—Y yo a ti, mi muy inefable y cautivante señorita Olivia.

Sus labios se unieron bajo el cielo estrellado, que no tardó en cubrirse de fuegos artificiales en honor a su amor.

Fin

Agradecimientos

A Lola Gude y a PRH, por su apoyo y por continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor, Roberto, y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.

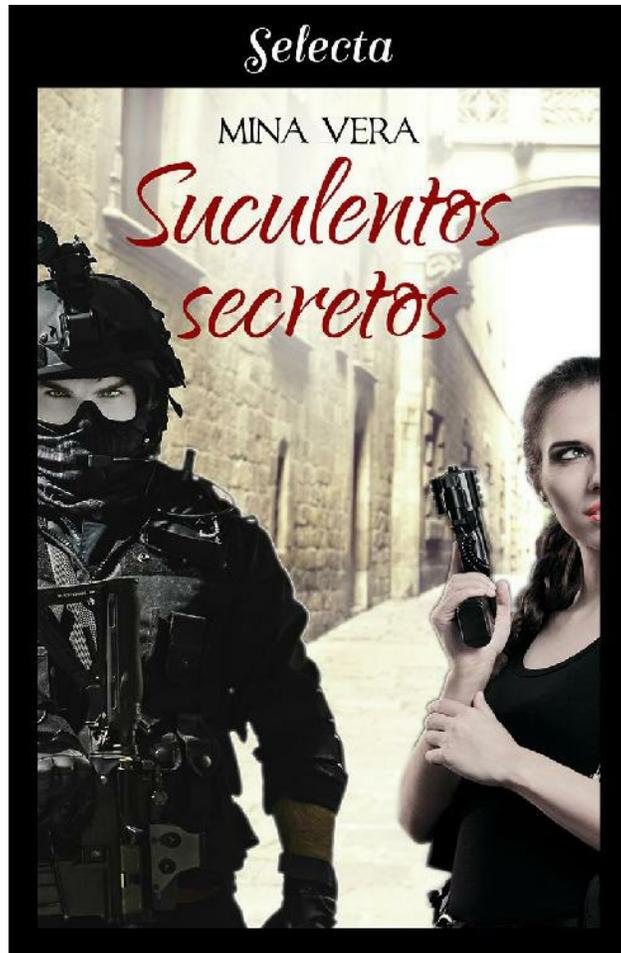
A J. Gracias, amiga, por todo tu apoyo y aguante. Me siento privilegiada de contar con tu amistad, y espero poder devolvértelo con creces. ¡Vamos por más!

A mi peque A. Gracias por tu constante apoyo y paciencia lidiando con mi caos tecnológico y por ser mi taurina incondicional.

¡Las adoro!

To my two American angels, Tiff and Sam... love you to the moon and back!

Si te ha gustado
La inefable señorita Olivia
te recomendamos comenzar a leer
Suculentos secretos
de *Mina Vera*



Prólogo

Al amparo de una amplia y blanca carpa, André Tocqueville tomaba su desayuno bien protegido de la intensa luz del sol matinal. Las chicas que habían acudido a la fiesta de bienvenida de la noche anterior se bañaban en la piscina bajo la atenta mirada de sus hombres de confianza. Ese era uno de los muchos obsequios que su socio le había preparado para su llegada al país, y a su vez, André los compartía con sus hombres más fieles.

Una casa de lujo, un chef francés acompañado de un equipo completo de camareros y sirvientes, las prostitutas más exclusivas... Y una buena parte de las armas y explosivos que él le había solicitado desde su anterior escondite en Quebec.

A su llegada a São Paulo, había podido comprobar que su exilio había merecido la pena. Desde allí todo sería más fácil de manejar, los controles aduaneros eran mucho más laxos, y su socio brasileño cien veces más influyente que el canadiense. Y más comprometido con su causa, meditó. Solo había hecho falta que arrestaran al que había sido su anfitrión hasta hacía una semana para que, tras un simple interrogatorio, lo delatara. Dar la orden de que no viera un nuevo amanecer había sido una obligación. Lograr que la llevaran a cabo le había costado una buena suma de un dinero que en esos momentos no le sobraba.

Suerte que tuviera contactos hasta en el Infierno después de tantos años de negocios por todo el mundo. Era hora de ir cobrándose favor tras favor.

La belleza de larga melena morena que la noche anterior había intentado hacerle pasar un buen rato se contoneó ante él con su minúsculo bikini. Él la despachó con un aspaviento y esta no insistió. Se lanzó al agua junto a sus compañeras para refrescarse y ofrecer un bonito espectáculo a otros hombres que sí la supieran apreciar.

André apenas le dedicó una mirada y un pensamiento, con el recuerdo de las atenciones que por la noche le había ofrecido para hacerlo disfrutar. Aún sentía la bilis en la garganta al recordarse a sí mismo permitiendo que, tras un erótico baile desprendiéndose de la ropa, lo tomara con la boca hasta llegar a un clímax desesperado y doloroso. Acto seguido, la había echado del dormitorio.

Se bebió su zumo, pero necesitaba algo más fuerte ya a esas horas. A un gesto de su mano, una camarera le sirvió una copa de whisky que bebió a tragos lentos, con la mirada puesta en el jolgorio de la piscina.

La muchacha de la que ni recordaba el nombre destacaba entre las demás. Alta, esbelta, de piel morena y aterciopelada. No superaría los veinte años. Él había disfrutado de muchas como ella cuando contaba con esa edad o algunos años más. Se imaginó a sí mismo en aquella época, y todo lo que le habría hecho durante la noche entera por aquel entonces. Antes del resto de su vida, antes de conocer a su Estrella de la suerte, quien le había dado todo y más de lo que podría haber soñado. Su compañera, la mitad de su alma... Alexia.

El dolor amenazó con rasgarlo por dentro una vez más. Hizo otra seña y una segunda copa apareció de inmediato. Aún no la había terminado cuando un hombre de su misma edad, y al que conocía desde hacía media vida, se sentó en una silla frente a él. Un desayuno completo le fue

servido en menos de un parpadeo.

—Fábio.

—André —respondió, y se metió un tenedor con bacón y huevos en la boca. Hasta que no terminó su plato, no continuó la conversación—. ¿Te place el lugar que he escogido para ti?

—Mucho.

—¿Y las chicas?

—Y el armamento.

—Oh, lo mejorcito para mi socio favorito.

—Gracias.

—Pero no pareces muy feliz, amigo.

—No lo soy. —Se quitó las gafas de sol y miró al otro hombre, con fuego en los ojos. A pesar de las profundas arrugas a su alrededor, seguía teniendo una mirada atractiva y feroz—. No lo seré hasta que venga la muerte de mi familia.

—Eres uno de los prófugos más buscados del planeta, André. No es tan sencillo organizar todo lo que tú pretendes desde este lado del charco y sin que los miles de polis que te buscan capten alguno de nuestros movimientos.

—Correré el riesgo. ¿Qué has podido conseguir?

—¿Además de la artillería pesada? Contactos, muchos contactos. Y equipos dispuestos a lo que sea por ti siempre y cuando les pagues bien.

—Sabes que el dinero nunca ha sido un problema.

—Bueno, ahora no andas muy bien de liquidez...

—Tú también tuviste baches y yo te respaldé —le recordó a la vez que se obligaba a comer algo.

—Lo sé. Y por eso estoy haciendo todo esto por ti. Todos sabemos que la familia Tocqueville siempre cumple.

—Ahora solo yo soy la familia Tocqueville —murmuró. Abandonó de nuevo la comida y se bebió su copa.

—Pero forjaste un imperio y volverás a levantarlo —lo animó Fábio, aún más convencido que él mismo.

—Después de que esos polis paguen por la muerte de la sangre de mi sangre, del amor de mi vida, volveré a ser el que fui. Puede que tenga sesenta años, pero tengo mucha guerra que dar.

—Brindo por ello.

Así lo hicieron. Tras chocar sus copas, la morena salió de la piscina y se sentó sobre el regazo de Fábio, empapándolo entero y haciendo que se carcajeara.

—No, Kayla, ya no puedo jugar contigo. Ahora eres el regalo de André. —Le guiñó un ojo—. Lo mejorcito para mi socio.

La chica le dedicó una mirada retadora y André sintió su orgullo herido en lo más profundo. Con la mente algo nublada por el alcohol en su estómago casi vacío, agarró a la joven de un brazo

y la hizo sentarse sobre sus piernas.

—Disfrútala otro rato, amigo. Yo voy a darme un chapuzón, y a la hora de la comida volveremos a hablar de los detalles.

Fábio se despojó de su ropa y se lanzó desnudo al agua. De inmediato, su rechoncho cuerpo fue rodeado por las siete chicas que jugaban en la piscina.

André dio un respingo cuando la joven que tenía en su regazo se frotó contra él. Percibió en su mirada que no aceptaba otro rechazo.

Él no aceptaba insubordinaciones.

—No sabes con quién estás jugando, niña.

Se puso en pie y la arrastró hasta pegarla contra su costado. De camino a la casa, buscó con la mirada a uno de sus hombres. Uno en concreto. Le hizo una seña y este lo siguió adentro sin rechistar.

—Toma, toda tuya. —La empujó y la hizo chocar contra el fornido pecho del otro—. Puedes hacer con ella lo que quieras.

—¿Todo? ¿Todo lo que quiera? —El tono y la mirada de aquel hombre hicieron que Kayla se estremeciera.

—Todo. Pero limpia después. No quiero que el servicio le vaya con la queja a nuestro anfitrión.

Sin prestar atención a los gritos que aquel depravado no se molestó en silenciar —pues eran todo un aliciente para él—, André subió a su dormitorio para ponerse ropa seca. Sus hombres merecían una recompensa a su fidelidad, incluso aquellos que tenían vicios de lo más siniestros.

Él sabía mucho de eso. Los más bajos instintos de la humanidad habían sido su negocio casi toda su vida. Y no, las víctimas no le robaban ni un minuto de sueño.

En el momento en que dejó de oírse a la chica chillar, André olvidó su nombre, hasta su rostro. Pues solo era una más de miles.

Una joven de tierras lejanas hallará el amor en brazos del hombre más inesperado.



La joven Olivia Wentworth, dama inadecuada como ninguna otra debido a sus orígenes, tan solo desea poder cuidar de su enfermo padre, el duque de Devonshire y luego regresar a su hogar junto a su madre. Pero para ello debe sobrevivir a su presentación en sociedad sin producir un solo escándalo. Ignora que, sin siquiera intentarlo, un pequeño desencuentro en la nieve cambiará su destino.

Lord Wulfgar Ambrose Herbert, conde de Pembroke, está hastiado de las jóvenes casaderas que tan solo anhelan de él su título. Es así como, intentando alejarse de todo su mundo, choca con una misteriosa joven que se volverá su obsesión.

Sus caminos parecen destinados a unirse, pero envidias y adversarios del pasado están decididos a no permitir que hallen la felicidad.

¿Podrá acaso la inefable joven demostrar una vez más que es capaz de lograrlo todo por amor?

¿Será el duque capaz de conquistarla o estará destinado a perderla?

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.

Edición en formato digital: septiembre de 2020

© 2020, Kathia Iblis

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18399-94-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La inefable señorita Olivia

Nota editorial

Nota de la autora

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Kathia Iblis

Créditos